

SERVICIO
SECRETO

SS

¿DONDE
ESTAS, SALLY?

Adam Surray



¿DONDE ESTAS, SALLY?

SS Nº 1496

Autor: Adam Surray

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

ROBERT RAFILL, jefe de coordinación de la «Daly Press», parpadeó repetidamente, reflejando en su rostro una mueca de estupor.

—¿Quiere repetir eso, señorita...?

—Miller. Christine Miller.

Rafill asintió.

—Sí, lo sé... Lleva toda la mañana intentando hablar conmigo. Un asunto muy grave.

—Y lo es, señor Rafill. Mi hermana Sally ha desaparecido. Hace exactamente un mes que dejó de escribirme, No he vuelto a recibir ninguna noticia de ella. Su agencia es una de las más importantes de Illinois. Lo leí en cierta ocasión. Quiero que la fotografía de mi hermana aparezca en todos los periódicos y publicaciones importantes de Chicago.

Robert Rafill volvió a parpadear.

Correcto.

No había oído mal.

—¿En primera plana, señorita Miller?

—¡Oh, sí!... Le quedaría eternamente agradecida.

Robert Rafill desvió la mirada hacia uno de los rincones de su amplio despacho.

Allí, confortablemente acomodado en un sillón, sonreía, divertido, un individuo.

Un hombre joven. De unos veintiocho o treinta años de edad. Rostro de correctas facciones. Sus ojos, de un gris muy suave, destacaban extrañamente, por su carencia de brillo. Su mirada era

fría, cínica e indiferente.

Rafill centró de nuevo su atención en la mujer.

También joven.

No más de veinticuatro años de edad. Rostro de perfecto óvalo, que el peinado no favorecía en absoluto. Tampoco hubiera estado de más un poco de carmín en aquellos gordezuelos labios. Vestía un traje-chaqueta de severo corte que, aun pretendiéndolo, no ocultaba las pronunciadas curvas femeninas.

—Ya basta, señorita Miller. Soy un hombre muy ocupado.

—Pero...

—¡Esto no es una agencia de anuncios por palabras! Acuda al «Chicago Tribune», al «Chicago Sun», «Times and News»... ¡A todos los periódicos que quiera y, previo abono de la tarifa, publicarán lo que desee!

La joven enrojeció.

Aturdida.

—Yo... yo creí que la «Daly Press»...

—Esta es una agencia de noticias —resopló Rafill—. Y la desaparición de... de su hermana no es para divulgar por agencia.

—Pero... puede haberle ocurrido algo... Secuestrada... o puede estar muerta.

—Cientos de jóvenes desaparecen todos los días en Chicago. Unos vuelven al poco tiempo y otros, no. Acuda a la policía.

—Ya he estado allí. Me enviaron al Departamento de Personas Desaparecidas. Un agente se limitó a tomar nota de la descripción de Sally.

—Magnífico. Vuelva a casa, señorita. Ya le avisarán, de producirse alguna noticia.

—No puedo regresar a Callsville sin saber de Sally.

—De Callsville, ¿eh?... Debí suponerlo. Sólo a una provinciana se le ocurre semejante petición. Lo lamento, señorita Miller. Me es imposible complacerla. Le aconsejo que confíe en la policía.

Las manos de Christine aprisionaron nerviosamente el bolso.

Sus almendrados ojos se nublaron.

—En el Departamento de Personas Desaparecidas me han dado muy pocas esperanzas. Son miles los casos archivados y pendientes de solución.

—Lo lamento —volvió a repetir Robert Rafill—. Y ahora, debe

disculparme, pero tengo mucho trabajo.

La muchacha giró lentamente.

Su mirada se encontró con la del individuo del sillón.

Sin añadir ninguna otra palabra, abandonó el despacho.

Rafill se incorporó, bordeando la mesa escritorio.

—¡Cielos!... ¿Te has dado cuenta, Bob?

El hombre del sillón sonrió.

—Seguro. Una preciosidad. Un diamante en bruto. Sin pulir.

—¡Al diablo con eso! Llevaba toda la mañana insistiendo en hablar con el director. Nadie pudo sacarle el motivo de su visita. Luego se dignó a hablar conmigo. ¿Y para qué? ¿Imaginas al director, al iracundo Samuel Curtis, escuchando el grave problema de Christine Miller?

—¿Ya tienes lo mío?

—¿Cómo?... Ah, sí. Aquí está —Robert Raffill retornó tras la mesa escritorio para abrir uno de los cajones—. Un cheque de cinco mil dólares a nombre de Bob Silliphant. El señor Curtis ha hecho contigo una excepción, Bob. Jamás paga por adelantado.

Bob Silliphant se levantó perezosamente.

Era un individuo alto.

Atlético.

Vestía chaqueta deportiva, jersey cuello cisne y pantalón en lana-poliéster.

Guardó el cheque en el bolsillo interior de la chaqueta. Al hacerlo, quedó visible la culata del revólver, oculto en la funda sobaquera.

—Mi norma es precisamente ésa, Robert. Cobrar por adelantado. En mi caso, es lógico. ¿Quién me asegura que mañana estoy con vida?

—Cierto, Bob. A más de uno le gustaría verte flotando en el lago Michigan. Bueno... ¿para cuándo la primera entrega? No hay que dejar enfriar el caso Taviani. Los periódicos más importantes del mundo nos comprarán la exclusiva. ¿Por qué no seis entregas, en lugar de tres? Puedes alargar la historia y...

Silliphant chasqueó la lengua.

—No me gusta escribir, Robert. No es lo mío. Puede, incluso, que decida condensarlo todo en un solo capítulo.

—No... no puedes hacernos eso, Bob —suplicó Raffill—.

Habíamos acordado tres capítulos. Harás un buen negocio, muchacho. No sólo por los cinco mil dólares embolsados. ¿Imaginas la publicidad? Serás conocido en todos los países. Te convertirás en el detective más famoso del mundo.

—No me gusta la publicidad, Robert. Soy un hombre tímido. Saludos al señor Curtis.

Robert Rafill se precipitó para darle alcance junto a la puerta del despacho.

—¿Cuándo, Bob? ¿Cuándo será la primera entrega?

Silliphant se encogió de hombros.

Despreocupadamente.

—Voy a tomarme unos días de descanso, Robert. La noche en que me encuentre más bebido, empezaré a escribir.

Rafill sonrió.

—Entonces, será pronto. Adiós, Bob.

Silliphant abandonó el despacho.

Minutos más tarde, salía del edificio donde se emplazaban las oficinas de la «Daly Press».

Se encaminó hacia su auto.

Un «Mustang».

Se disponía a abrir la portezuela, cuando sonó la voz a su espalda.

—¡Señor Silliphant!...

Bob Silliphant giró, descubriendo a la mujer que corría a su encuentro.

Christine Miller.

La carrera hacía oscilar los senos femeninos, en un movimiento sensual que no pasó desapercibido para Silliphant.

Todo lo contrario.

Su mirada se centró en aquellos prominentes senos, ceñidos bajo la blusa.

—Perdone mi atrevimiento, señor Silliphant... Le he reconocido en el despacho del señor Rafill. He visto su fotografía en los periódicos. En el «Chicago Tribune».

—Sí, lo sé. No estoy muy favorecido.

—He leído su hazaña, señor Silliphant. Rescató con vida al hijo de William Lawton, el rey del acero. Se enfrentó a la Mafia. A la organización de Taviani. En desigual duelo. Mató a cuatro de ellos

y...

—Conozco la historia, Christine.

La muchacha forzó una sonrisa.

—Sí, claro... Yo... yo... quiero contratar sus servicios, señor Silliphant.

Bob Silliphant cerró los ojos.

Contó mentalmente hasta diez.

Al abrirlos, Christine seguía sonriente.

—Usted no puede negarse. Es un detective privado —dijo Christine—. William Lawton, no conforme con la eficacia de la policía ni del «Federal Bureau of Investigation», le contrató para rescatar a su hijo. Pues bien, yo le contrato para que encuentre a mi hermana Sally.

—Así de sencillo.

—¿Existe algún inconveniente?

Bob Silliphant se apoyó sobre la carrocería del «Mustang».

—Un par de ellos, Christine. Puedo negarme, si el asunto no me gusta, pero supongamos que acepto. ¿Conoces mi tarifa?

—¿La tarifa?...

—Ahá. Mis honorarios. Soy el mejor detective de todo el estado de Illinois. Como mínimo, exijo mil dólares anticipados para gastos. Más doscientos diarios. ¿Puedes pagarlos?

Christine quedó confusa.

Movió lentamente la cabeza.

—Todo mi capital asciende a unos ochocientos dólares. Y parte de él lo necesito para sufragar mi estancia en Chicago.

—Entonces, ya no hay más que hablar —Silliphant abrió la portezuela, acomodándose frente al volante—. Adiós, Christine.

La joven se inclinó sobre la ventanilla.

Apoyando ambas manos en el vehículo.

—Por favor, señor Silliphant... Le entregaré quinientos dólares. Tiene que ayudarme.

Bob Silliphant estuvo tentado de apretar a fondo el pedal del gas, pero se le ocurrió una idea mejor.

Algo que le libraría de la recalcitrante muchacha.

—Podemos llegar a un arreglo, Christine.

—¿De veras? Le entregaré ahora...

El detective alzó la diestra.

Interrumpiendo a Christine:

—No quiero dinero, nena. Te quiero a ti. Tú serás el pago. Por adelantado. Es mi costumbre.

—No... no le comprendo...

—Por favor, Christine —sonrió Silliphant, dirigiendo una insolente mirada al escote de la blusa—. Apuesto a que tu novio de Callsville te habló alguna vez de ello.

La muchacha enrojeció como la amapola.

Retrocedió.

—Es usted un ser despreciable, señor Silliphant. Un perfecto canalla.

—Llámame Bob. ¿Aceptas el precio?

—¡No!

Silliphant, rio, divertido.

—Okay. Cuídate, pequeña. Esto no es Callsville. Aquí, todos somos lobos, y nos devoramos los unos a los otros. Sin piedad.

—No todos serán de su especie.

Silliphant asintió.

—Cierto. Yo soy de los mejores. Imagina cómo serán los otros... Regresa a Callsville. Es un buen consejo.

Bob Silliphant maniobró para abandonar el aparcamiento.

Antes de pisar a fondo el pedal del acelerador, dirigió una mirada al espejo retrovisor.

Christine Miller quedaba llorando.

CAPÍTULO II

UN lujoso apartamento en Badel Street.

A poca distancia del «Lincoln Park».

Tres habitaciones, dos salas de baño, cocina y salón. Todo amueblado y decorado con gran comodidad.

El salón, la pieza más espaciosa, disponía de mostrador-bar, donde se alineaban artísticas botellas de cristal tallado

Bob Silliphant se sirvió un vodka con zumo de tomate.

Retornó al diván, depositando el vaso en la circular mesa de cristal.

El televisor estaba en funcionamiento.

«The Chicago White Sox» jugaba un decisivo encuentro para la «American League».

Silliphant encendió un cigarrillo.

Succionaba el largo emboquillado, cuando sonó el musical timbre del aparcamiento.

El detective profirió una soez maldición, incorporándose del sofá.

Acudió al living.

No sin antes apoderarse del revólver del treinta y ocho.

Al abrir la puerta, se hizo a un lado, quedando apoyado en la pared. La zurda, empuñando el arma, a la espalda.

En el rostro de Bob Silliphant se reflejó una mueca de estupor.

Parpadeó.

Contemplando, estupefacto, a su visitante.

—Buenas noches, señor Silliphant.

—¿Qué haces aquí?

Las facciones de Christine Miller estaban levemente pálidas. Con un imperceptible temblor en los gordezuelos labios. Había cambiado de vestimenta. Ahora lucía un vestido camisero, algo más favorecedor.

—Yo... he decidido aceptar su... sus condiciones.

Silliphant volvió a parpadear.

Sacudió la cabeza.

—¿Que tú...? ¡Fantástico! —Silliphant rio en burlona carcajada—. No lo esperaba, muñeca. Creí que me había librado definitivamente de ti. Okay... ¿Estás segura?

Christine bajó la cabeza.

Incapaz de soportar la burlona mirada del detective.

—Sí, señor Silliphant.

—¿Por qué no lo piensas un poco más? Consúltalo con la almohada.

—¿Se vuelve atrás?

—Yo sólo tengo una palabra, nena. Perfecto. Adelante. Quiero advertir que, si cruzas esta puerta, ya será demasiado tarde para retroceder. Yo no te he llamado. Has acudido tú voluntariamente, y aceptando las consecuencias. ¿Conforme?

Bob Silliphant se hizo a un lado.

Permitiendo el paso de la muchacha.

Christine Miller dudó unos instantes, pero lentamente se adentró en el apartamento.

Silliphant volvió a reír a carcajadas.

Cerró la puerta para acto seguido rodear los hombros femeninos.

La condujo hacia el salón.

—¡La provinciana de Callsville!... ¡Jamás lo hubiera imaginado!

—Señor Silliphant...

El detective depositó el revólver sobre uno de los muebles.

Sus manos aprisionaron los hombros de Christine, atrayéndola contra sí. La besó rudamente en la boca.

Con igual brusquedad, se separó de ella.

—Ahora, discúlpame, muñeca... Está terminando el partido —Silliphant se dejó caer en el sofá—. ¿Te gusta el base-ball? No, supongo que no... ¿Has cenado?

—No... no tengo hambre...

—Sírrete algo de beber. Lo vas a necesitar.

La muchacha continuó inmóvil.

En el centro del salón.

Con la mirada en el suelo.

Bob Silliphant ignoró la presencia femenina, dedicándose a contemplar el espectáculo deportivo. Fumando y bebiendo. Durante diez minutos.

Diez minutos interminables para Christine.

Concluyó el partido.

Bob Silliphant pulsó el mando a distancia, desconectando el televisor.

—¿Qué haces ahí como una estatua? Toma asiento. —el detective acudió al mostrador para llenar nuevamente su vaso—. ¿Seguro que no quieres beber nada?

—Deme... algo fuerte...

—¡Magnífico! Tienes que animarte, muñeca. Veamos... te prepararé un combinado de mi especialidad. Un poco de ginebra, un chorrito de «brandy», otro de «cointreau», leche y canela. No es muy explosivo, pero tampoco conviene abusar. No quiero que te duermas en mis brazos.

Bob Silliphant retornó al sofá, portando los dos vasos.

Hizo una seña a Christine para que se acomodara junto a él. Le ofreció el combinado.

—¡Por nosotros, muñeca! ¡Por una inolvidable velada!

La mano derecha de Christine tembló visiblemente. De ahí que aferrara el vaso con ambas manos. Bebió hasta casi vaciar el líquido.

Silliphant chasqueó la lengua.

—Muy mal, pequeña, muy mal. Había que saborearlo.

—Le agradecería que terminara cuanto antes, señor Silliphant. Me parece cruel prolongar esta situación.

—¿Cruel? Te recuerdo que estás aquí por voluntad propia. Por cierto... ¿cómo has dado con mi apartamento?

—Regresé a la «Daly Press». El señor Rafill me proporcionó la dirección de su despacho y el domicilio particular. Esta tarde no le encontré en el despacho, y decidí acudir aquí.

El detective sonrió.

El bastardo de Robert Rafill se estaría retorciendo de risa.

—No voy a pisar el despacho durante algunos días. Había

determinado una semana de descanso, pero, dadas las ventajosas condiciones que me ofreces, volveré a trabajar. Nunca me habían pagado en especies.

—¿Es necesario humillarme, señor Silliphant?

—Tutéame, muñeca. Ya conoces mi nombre. Bob. El bueno de Bob.

—Quiero hablarle de mi hermana Sally —dijo Christine, ignorando la sugerencia—. Estoy desesperada. Angustiada por la indiferencia demostrada en el Departamento de Personas Desaparecidas. De ahí que me haya decidido a... a aceptar su vergonzosa y canallesca proposición. Mi hermana salió de Callsville hace...

—Después, Christine, después... Ya hablaremos del caso más tarde. Mi norma es el pago por anticipado.

El brazo derecho de Silliphant abarcó la cintura femenina, mientras que su zurda tiraba de los cabellos de la joven.

Christine alzó el rostro, ofreciendo involuntariamente sus labios.

Bob Silliphant los besó.

Largamente.

Pugnando por entreabrirlos.

Su diestra inició un audaz recorrido, deslizándose por la suave curva de las caderas para luego subir, acariciadora, hasta llegar a los túrgidos senos femeninos. Los aprisionó una y otra vez.

Christine se estremeció.

No fue un escalofrío de placer.

Bob Silliphant se percató de ello.

Era como abrazar a un cadáver. Un cuerpo frío e inerte. Al igual que los labios de la muchacha. Eran como el hielo.

Silliphant la rechazó.

Tomó la cajetilla de tabaco de la mesa, junto con el encendedor de oro.

Se reclinó de nuevo en el sofá.

Fija la mirada en la joven.

—Desnúdate, muñeca —ante la inmovilidad de la muchacha, añadió secamente—: ¿No me has oído? ¡Desnúdate!

—¿Aquí?

—Sí, muñeca. Aquí. Quiero presenciar el «strip-tease» de una provinciana. Será divertido.

Christine Miller fijó, por primera vez, sus ojos en los del detective.

Enfrentando sus miradas.

Los grises ojos de Silliphant, fríos y carentes de brillo, no delataban sentimiento alguno.

—¿Por qué?... ¿Por qué me odias? —susurró Christine, tuteándole instintivamente—. ¿Por qué disfrutas humillándome?

Ahora fue Bob Silliphant quien desvió la mirada.

Incapaz de soportar la dulzura reflejada en los ojos femeninos.

—Limítate a obedecer, muñeca.

Christine aún permaneció unos instantes inmóvil.

Lentamente, se incorporó.

El vestido camisero estampado en minúsculos dibujos se complementaba con un ancho cinturón rojo. Con cuello de corbata y botonadura delantera.

Se despojó del rojo cinturón.

Las temblorosas manos de Christine libraron el lazo del cuello. Empezó a desabotonar el vestido. Con una lentitud que, sin proponerlo, resultaba marcadamente provocativa.

Ni la más experta profesional del «strip-tease» hubiera logrado aquella sensualidad.

El vestido se deslizó, cayendo a los pies de Christine.

El escultural cuerpo femenino apareció con dos únicas prendas. Dos piezas íntimas, en tul de nylon blanco.

Christine llevó sus manos a la espalda para quitar el cierre del sujetador.

Ni una sola vez levantó la mirada del suelo.

Se despojó del sujetador.

Sus senos, breves y erectos, no perdieron firmeza. Continuaron erguidos. Desafiantes. Provocadores...

Los pulgares se introdujeron bajo el diminuto slip.

Fue entonces cuando Bob Silliphant se incorporó, acudiendo al mostrador y sirviéndose una fuerte dosis de vodka.

Ya sin jugo de tomate.

—La primera puerta del corredor —dijo Silliphant, sin volverse hacia la muchacha—. No apagues la luz.

Christine no hizo ningún comentario.

Se inclinó para recoger su ropa.

Con lento paso, cruzó el salón.

El living quedaba a la izquierda. A la derecha, el alfombrado pasillo.

Se introdujo en la habitación indicada.

Bob Silliphant vació el vaso de vodka.

Una voz interior parecía afearle su conducta. Su morbosidad y crueldad para con la muchacha.

«¿Por qué me odias?»

El detective aplastó el cigarrillo.

Irritado.

Sí.

Posiblemente, odiaba a Christine Miller.

Lo que ella representaba.

Inocencia, bondad... Ancestrales virtudes, ya desconocidas en Chicago. Ajenas a individuos como Bob Silliphant.

El detective esbozó una sonrisa.

Aquella voz interior no podía ser su conciencia.

Bob Silliphant la tenía amaestrada. Más bien carecía de ella. En una ciudad como Chicago, era un lujo el tenerla.

Silliphant abandonó el salón.

Con decidido paso.

En busca de Christine Miller.

* * *

La puerta de la habitación entreabierta.

Bob Silliphant la empujó, casi con violencia.

La estancia era amplia. Con el ventanal a la populosa «Badel Street». Un armario de doble hoja corredera ocupaba casi la pared lateral izquierda. El lecho era circular. En su cabecero, un módulo dotado de luz rojiza, radio-cassette y minitelevisor.

Una semicircular alfombra bordeaba el lecho.

Christine Miller estaba sentada en el borde de la cama.

Los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada. Ocultando la desnudez de sus senos con el vestido aferrado a sus manos.

—¿Te gusta mi cueva? —sonrió Silliphant, acudiendo hacia la mesa de noche—. Puedes poner un «cassette», mientras tomo una ducha rápida. No te haré esperar. Algo romántico, ¿eh?

La muchacha no respondió.

Continuó con la cabeza inclinada y los brazos sobre el pecho, atenazando el vestido.

Ni tan siquiera reaccionó cuando Bob Silliphant se sentó a su lado.

El detective chasqueó la lengua.

—Escucha, muñeca... Esto puede resultar agradable o convertirse en una pesadilla. Sólo depende de ti. Ya que te has decidido a ello, procuraremos pasarlo lo mejor posible. ¿De acuerdo?

El dedo índice de Silliphant alzó la barbilla femenina, obligando a levantar su bello rostro.

Sus miradas se enfrentaron.

Los ojos de Christine se habían nublado. De ellos brotaron lágrimas que pronto se deslizaron por su rostro, sumándose a los surcos ya dibujados en sus mejillas. Gruesas lágrimas, que ya habían trazado círculos en el vestido.

Silliphant se incorporó de un salto.

—¡Vístete, maldita sea!

Christine sí reaccionó ahora.

La desesperación se reflejó en su rostro.

—No... por favor, Bob... Haré lo que tú quieras... Tengo que encontrar a mi hermana... no... no lloraré más —prometió la joven, sin evitar que nuevas lágrimas brotaran de sus ojos—. No volveré a...

—¡Vístete! —gritó Silliphant, avanzando a grandes zancadas hacia la salida.

Abandonó la estancia, cerrando de violento portazo.

Fue directamente hacia el mueble-bar del salón.

Allí le sorprendió Christine, minutos más tarde.

Con el gollete de la botella de vodka aplicado a los labios.

—Bob, yo...

—¡Sí, maldita sea! —interrumpió el detective—. Lo sé. Quieres encontrar a tu hermana Sally.

—No iba a decir eso, Bob. Simplemente quería darte las gracias. Tu proposición fue vergonzosa. Al igual que yo, aceptándola. No debí hacerlo, pero la desesperación me cegó. Me angustió la indiferencia de las autoridades. Ahora comprendo mi grave error. Me hubiera arrepentido, más tarde. Gracias de nuevo, Bob. Adiós.

—¿Dónde diablos vas?

—Pues... al hotel...

—No, muñeca. Hemos hecho un trato, y yo soy hombre de palabra. Es la única virtud que me queda, y no estoy dispuesto a faltar a ella. Tú te disponías a cumplir con tu parte. Con muy poco entusiasmo, pero decidida. El que yo haya renunciado, no me libra de mi compromiso.

El rostro de Christine se iluminó.

A sus ojos asomó un brillo de esperanza.

—¿Quieres decir...? ¿Estás dispuesto a ayudarme?

—Por supuesto.

—¡Oh, Bob!... Yo... yo... te daré los quinientos dólares.

—Tú ya has pagado. Y olvidemos el trato. El recordarlo me pone furioso. Me he comportado como un estúpido.

—Todo lo contrario, Bob. Te has comportado como un hombre con dignidad. Era una acción demasiado baja.

Silliphant esbozó una fría sonrisa.

—No me conoces bien, Christine. Las he cometido peores. Contigo, aún no comprendo la causa, he hecho una excepción; pero no te confíes. ¡Y ahora, en marcha!

El detective tomó su chaqueta.

Cogió a la muchacha por el brazo, conduciéndola hacia el living.

—¿Adónde vamos?

—Cenaremos en algún lugar. Quedarse en mi apartamento puede resultar peligroso para ti. Podría reconsiderar mi absurdo comportamiento. Después de la cena, me hablarás de tu hermana Sally. Es un caso sencillo. No lo dudes, pequeña. Tal vez mañana mismo regreses a Callsville, acompañada de Sally.

Bob Silliphant se equivocaba.

No iba a resultar sencillo.

Todo lo contrario.

Silliphant se iba a enfrentar a un complicado caso, plagado de corrupción, de sangre, de muerte...

CAPÍTULO III

«GODFREY» era un pequeño snack, cercano a la «Shakespeare Avenue».

Confortable y acogedor.

Muy discreto.

Las mesas, separadas entre sí por artísticos y corredores tabiques, a modo de biombos.

La cena ya tocaba a su fin.

Bob Silliphant la culminaba con una copa de «Courvoisier». Para Christine, un combinado de helado, especialidad de la casa.

—¿Tienes una fotografía de Sally?

Christine, por toda respuesta, rebuscó en el bolso de mano hasta dar con varias fotografías.

Todas en color.

Se las ofreció a Silliphant.

En la primera de ellas, aparecía Sally Miller de cuerpo entero. La segunda era un primer plano de su rostro.

Una muchacha de extraordinaria belleza. Ojos azules y pelo rubio como el fuego.

En la tercera fotografía aparecía Sally en traje de baño. De una sola pieza. Modelando la perfección de su cuerpo.

—Endiabladamente bonita...

—Sí, lo es —afirmó Christine, con orgullo.

—¿Qué edad tiene?

—Veinte años. Yo soy cuatro, mayor que ella.

Silliphant se reclinó en la silla.

Encendió un cigarrillo.

—Bien, Christine. Empieza. Desde el principio. Sin precipitarte. Quiero conocer todos los detalles. ¿Sally vivía contigo?

—Sí.

—Puedes comenzar por los motivos que impulsaron a tu hermana a abandonar Callsville.

—Yo traté de disuadirla. No dudaba que los Holmes cuidarían de ella, pero tenía miedo de...

—¡Un momento!... Un momento —interrumpió Silliphant—. He dicho sin precipitarse y desde el principio. Háblame de vuestra vida en Callsville y, sin prisas, enlaza con el momento de la salida de Sally.

Christine asintió.

Con nerviosa sonrisa.

—Tenemos un pequeño negocio, en Callsville. Heredado de mi madre. Falleció hace ya cinco años. Al igual que mi padre. Yo me hice cargo del negocio de modistería. Sally abandonó los estudios para ayudarme. Al principio, nos fue bien, pero últimamente apenas si cubríamos gastos. El trabajo tampoco agradaba a Sally. Nos enfrentamos a la situación, y decidimos abandonar el negocio cuando se presentara una buena oportunidad. Hace aproximadamente unos tres meses llegó a Callsville un hombre llamado Will Frankel, representante de la «Sampson Company». Un joven muy atractivo y agradable.

Christine hizo una breve pausa.

Fijó su mirada en Silliphant.

La inexpresividad, la casi indiferencia que se reflejaba en el rostro del detective, defraudó a Christine; no obstante, prosiguió:

—Will Frankel permaneció varios días en Callsville. A su primera visita, ofreciéndonos una moderna máquina de costura, que no aceptamos, sucedieron otras; pero ya no en plan comercial. Las motivaba Sally. Salieron juntos. No me opuse. Will Frankel era un muchacho correcto y educado. El día de su marcha habló conmigo.

Me dijo que en la «Sampson Company» hacía falta cubrir plazas en la sección de contabilidad mecanizada. Los conocimientos de Sally en mecanografía, contabilidad y manejo de IBM la convertían en firme aspirante a una de esas plazas. A los pocos días de la marcha de Will Frankel, fue cuando mi hermana me habló de ello. Avalada por Frankel, iba a presentar una solicitud de empleo en la

«Sampson Company». Traté de disuadirla de su idea; pero fue ella la que terminó por convencerme. En Callsville no había futuro para Sally. Un pueblo vulgar, con gente vulgar, costumbres rutinarias, transnochadas... No era justo cortar las alas de Sally. Dominé mi egoísmo y miedo a la soledad, permitiendo que Sally marchara a Chicago. Los Holmes, un viejo matrimonio, amigo de mis difuntos padres, la acogerían, con los brazos abiertos, en su casa. Así fue. Sally se desplazó a Chicago, presentando la solicitud en la «Sampson Company». Sufrió unas pruebas de aptitud y fue aceptada. Regresó a los tres días para recoger sus cosas. Aún no tenía la plaza, pero debía realizar un cursillo de perfeccionamiento en la empresa. Se hospedaba en los pabellones femeninos de la «Sampson Company». El cursillo tenía una duración de veinte días. Sally no me cursaba ninguna carta, pero casi todos los días me telefoneaba. Estaba eufórica. Concluido el curso, entró en la plantilla. Con un magnífico sueldo. Me dijo que iba a alquilar un apartamento, junto con otras compañeras de la empresa, y que pronto me comunicaría la dirección. Sus llamadas telefónicas se fueron espaciando cada vez más hasta cesar por completo. Hace aproximadamente un mes que no sé nada de Sally.

—Deduzco que ya no está en la «Sampson Company».

—No fue admitida. No pasó de la primera prueba de aptitud.

Silliphant encendió un cigarrillo.

Su rostro reflejó ahora una mueca de escepticismo.

—Entonces, ¿lo del cursillo de perfeccionamiento...?

—Me mintió. Sin duda, estaba avergonzada por el fracaso e inventó la historia, con la esperanza de encontrar trabajo en otro lugar.

—Me temo que tu hermana no ha desaparecido, Christine. Simplemente, no quiere regresar a un villorrio como Callsville.

—Yo jamás la obligaría, contra su voluntad —protestó Christine—. Y ella lo sabe. No necesita esconderse de mí.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera de Callsville?

—Alrededor de los dos meses.

—Es poco tiempo, Christine. Puede que tu hermana se encuentre confusa. Aturdida en una ciudad como Chicago. No quiere recurrir a ti hasta haber conseguido un trabajo estable.

Christine denegó, con un enérgico movimiento de cabeza.

—Sally nunca me sometería a esta angustiosa incertidumbre. No me mantendría sin sus noticias. Estábamos muy unidas. Algo le ha ocurrido. Lo sé.

—Okay. Investigaré.

—Si por investigar te refieres a recorrer clínicas, hospitales y sanatorios, no te molestes. Ya lo he hecho yo, sin resultado positivo.

—¡Magnífico! —sonrió Bob Silliphant, irónico, para luego añadir con deliberada crueldad—: ¿Y los depósitos de cadáveres? ¿También los has recorrido todos?

La joven palideció.

—No...

—Son muchos los cadáveres que se almacenan en la Morgue, sin identificar. Sin que nadie los reclame.

—¡Dios mío!

Christine sollozó, ocultando el rostro entre sus manos.

Aquello alarmó al detective.

—Por favor, Christine. No empieces a llorar. Es algo que no soporto. Encontraré a Sally. Te lo prometo.

La muchacha alzó el rostro.

Con sus nublados ojos fijos en Silliphant.

—¿De veras?...

—Seguro. Dame la dirección de los Holmes.

—¿Los Holmes? Sally sólo permaneció con ellos los tres primeros días de su estancia en Chicago. Ya he hablado con ellos, y no saben nada. Incluso creían que Sally se encontraba conmigo en Callsville.

—El domicilio, Christine.

—El 876 de Carlin Road.

—Bien. ¿Tienes que decirme algo más?

La joven permaneció unos segundos en silencio.

Con la cabeza levemente inclinada.

Al fijar de nuevo su mirada en el detective, los ojos de Christine continuaban nublados.

Conteniendo las lágrimas.

—Gracias, Bob. Sólo eso. Gracias... Sally jamás salió de Callsville. Es una presa fácil, en una ciudad como Chicago. Estoy segura de que algo o alguien la retiene en contra de su voluntad. Rescátala, Bob. Confío ciegamente en ti.

Silliphant hizo una mueca.

No estaba acostumbrado a las sinceras palabras de agradecimiento.

El cobraba en dólares.

—Te llevaré al hotel.

Abandonaron el snack, acudiendo hasta el estacionado «Mustang».

—¿Cómo puedo comunicarme contigo? —inquirió Christine.

—Te daré el teléfono de mi apartamento, aunque... —Silliphant, tras leve indecisión, abrió uno de los cuadros del salpicadero del auto. Junto a una pavonada «Thomas» del cuarenta y cinco, había un juego de llaves. Tomó una de ellas, que ofreció a la muchacha—. Esta es la llave de mi apartamento. Acude cuando quieras, y espera allí.

—Pero...

—Por teléfono, te sería muy difícil localizarme, muñeca. Soy poco amante del hogar. No te preocupes. De ocurrir alguna novedad importante, te dejaría aviso en el hotel.

Christine terminó por coger la llave.

El auto inició la marcha.

Un breve recorrido.

Diez minutos más tarde, se detenía frente a la fachada del «Savoy Hotel».

Cruzaron unas palabras de despedida.

Bob Silliphant esperó a que la muchacha penetrara en el establecimiento para reanudar la marcha.

Ya pudo manifestar abiertamente su mal humor.

Irritado por su propia debilidad.

Lamentando ser fiel a su palabra.

El detective Bob Silliphant, egoísta y ambicioso, aceptando con altruismo un vulgar caso de desaparición.

No.

Aquello no era lógico.

¿Por qué no enviaba al infierno a Christine Miller y su problema?

¿Por mantenerse fiel a la palabra dada?

Silliphant esbozó una sonrisa.

Tal vez recordando las infinitas ocasiones en que faltó a la

palabra, engañó y mintió descaradamente.

Sin el menor remordimiento.

¿Por qué con Christine Miller era diferente?

¿Por tratarse de una bella mujer?

La relación de mujeres jóvenes y hermosas, engañadas y burladas por Bob Silliphant, era inacabable.

¿El asombroso e inaudito candor de Christine?...

Sí.

Eso fue.

Sin duda.

Bob Silliphant quiso contrarrestar todo aquello con alguna virtud.

¿Cuál?

Carecía de ellas.

De ahí que inventara lo de fiel cumplidor de la palabra dada.

Y ahora, por vanidad y orgullo, debía continuar.

Aunque su torcida y deformada conciencia, le acúsala de estúpido.

CAPÍTULO IV

LA señora Holmes era una anciana encantadora. Amable. Extremadamente cordial y risueña.

—¿No quiere otro pastelito, señor Silliphant? Los hago yo misma.

Bob Silliphant forzó una sonrisa.

Ya estaba empalagado para un mes.

—No, gracias. Volviendo a Sally Miller...

—¡Ah, sí!... Es intolerable. No hay seguridad en la ciudad. Esto es peor que la selva. Quedé muy impresionada con la visita de Christine. No la esperaba. Creí que Sally estaba con ella, en Callsville. Yo no...

—¿Qué le hacía pensar eso? —interrumpió Silliphant—. Sally se había presentado en la «Sampson Company», con la ilusión de establecerse en Chicago.

—Eso fue al principio. Finalizando el cursillo, nos telefoneó para despedirse de nosotros, y agradecer las atenciones recibidas. Nos dijo que regresaba a Callsville.

—¿Entabló amistad con alguien?

—Sally sólo permaneció con nosotros los tres primeros días de su estancia en Chicago. Luego se instaló en la «Sampson Company». Sally era una joven muy juiciosa.

—¿No salió con algún muchacho?

La señora Holmes agrandó los ojos.

Sorprendida.

—¡Por supuesto que no! Tampoco se lo hubiera permitido. Sally estaba bajo mi custodia.

—Oye, Anne...

—¡Tú te callas, Jerry! Estoy hablando yo.

El anciano, que había intervenido tan brevemente, asintió con un movimiento de cabeza. Quedó otra vez en silencio.

—No les molesto más —Bob Silliphant se incorporó del sofá; adornado con encajes—. Gracias por recibirme.

La señora Holmes ahogó un suspiro.

—Todo esto es horrible. Pobre Sally... No debió salir de Callsville. ¡Cambiar aquella paz por la jungla! Desde que Christine me comunicó su desaparición, no he podido...

—Adiós, señora Holmes.

—Le acompaño —decidió el viejo Jerry Holmes.

—No salgas del porche, Jerry.

—No, querida.

Bob Silliphant y el anciano abandonaron la casa.

Un grupo de niños jugueteaban en torno al «Mustang». Ya habían escupido sobre el espejo retrovisor exterior, haciendo gala de puntería.

—¿Te encuentras bien, hijo? —inquirió Jerry Holmes.

—¿Cómo?

—Los pasteles de Anne son algo... indigestos. No aptos para estómagos sensibles.

Silliphant sonrió.

—Me encuentro perfectamente.

—Lo celebro. Quiero añadir algo, hijo. Referente a Sally. Un muchacho la acompañaba hasta aquí. Mi mujer lo ignoraba. Estacionaba su auto unas manzanas más abajo. Sin duda, para no ser vistos por Anne. El joven era empleado de la «Sampson Company».

—¿Will Frankel?

El anciano entornó los ojos.

Acentuando las arrugas de su rostro.

—Sí... ése fue el nombre que le oí a Sally.

—Gracias, abuelo.

El detective se encaminó hacia el auto.

Minutos más tarde, dejaba atrás Dow Road.

No le decepcionó la entrevista con los Holmes. Ya contaba con no conseguir gran cosa.

En la «Sampson Company» sería diferente.

Sí.

Una plática con Will Frankel resultaría interesante.

Bob Silliphant conocía la «Sampson Company», por referencias. En todo Chicago eran populares las máquinas tragaperras fabricadas por «Sampson Company». Las «slot-machines» de palanca o las de simple competición. Máquinas recreativas, que se exportaban a todo el mundo. La «Sampson Company» también construía diferentes tipos de máquinas, pero su principal fuente de ingresos se centraba en las «slot-machines».

La fábrica se emplazaba en las proximidades de «Hickory Hills». A pocas millas del centro de Chicago. Sus oficinas administrativas ocupaban un moderno edificio, en «Ohio Street». En el corazón de la ciudad.

El «Mustang» quedó estacionado en doble fila.

Bob Silliphant descendió del vehículo, deteniéndose unos instantes en la calzada. El tiempo de encender un cigarrillo.

Penetró en el edificio, acudiendo al mostrador de recepción. Controlado por una bella azafata, que conversaba con un individuo de gruesas lentes de miope.

—Disculpe, señor Winfield —dijo la mujer para acto seguido aproximarse a Silliphant—. ¿Sí?

—Quisiera hablar con Will Frankel.

—El señor Frankel está ausente, pero puede hablar con otro agente que le informará igualmente de...

—Mi interés por Will Frankel no es comercial —interrumpió el detective, en leve sonrisa—. ¿Puede proporcionarme su domicilio particular?

La azafata dudó.

El individuo miope había fijado su mirada en Silliphant. Con un interés difícil de ocultar.

—Me temo que no estoy capacitada para proporcionarle ese tipo de datos, señor. Si lo desea, puedo concederle una cita para mañana con el señor Frankel.

Silliphant volvió a sonreír.

Ahora, en irónica mueca.

—No es necesario. Gracias. Le localizaré por mi cuenta.

El detective giró sobre sus talones.

Antes de llegar a la automática puerta de salida, fue alcanzado por el individuo miope.

—Perdone... usted es Bob Silliphant, ¿no es cierto?

—Ahá. ¿Nos conocemos?

El rostro del individuo, pese al eficaz sistema de refrigeración interior, estaba cubierto de diminutas gotas de sudor.

—Le he reconocido, por sus recientes fotografías en los periódicos. Es usted un hombre famoso.

—Antes de una semana, se habrán olvidado de mí. Al menos, eso espero.

—Mi nombre es David Winfield. Vicepresidente de la «Sampson Company».

Silliphant aceptó la diestra del individuo.

Una mano fría y también sudorosa.

David Winfield ya había pasado la frontera de los cincuenta años. Semicalvo. Con pobladas cejas, que asomaban por encima de los cristales graduados de las lentes.

—¿Puede concederme unos minutos, Silliphant? —ante el ligero parpadeo del detective, añadió—: Es algo importante.

Bob Silliphant se encogió despreocupadamente de hombros.

—De acuerdo.

—Sígame, por favor.

David Winfield le condujo hacia un elevador, distante de los cuatro existentes en el edificio.

Un ascensor privado.

La metálica puerta se abrió automáticamente cuando Winfield pasó la palma de su mano derecha en una nívea placa cuadrangular.

Penetraron en la cabina.

Se elevó silenciosamente.

Parecía no moverse; sin embargo, pronto alcanzó la penúltima planta del edificio.

La puerta del camerín condujo directamente a un espacioso despacho, amueblado con toda clase de comodidades.

Bob Silliphant avanzó, con sarcástico asombro. Llegó hasta el longitudinal ventanal.

—Una legión de cucarachas —sonrió, contemplando el rápido tráfico de vehículos y peatones por la populosa «Ohio Street»—. Eso somos. Cucarachas. ¿No opina así, Winfield?

—¿Cómo dice?... Ah, sí... Cierto. Eso somos, en realidad. Silliphant contempló más detenidamente a su interlocutor. Sus manos temblaban visiblemente.

El sudor se mantenía en su frente. Frenado en las pobladas cejas. Empañando las lentes.

—¿En qué piso nos encontramos, Winfield? El penúltimo, ¿no? El de arriba debe corresponder al Gran Jefe. No comprendo la costumbre de los magnates de instalar el trono en la cúspide del edificio. La caída será siempre más dura.

—¡Necesito su ayuda, Silliphant! —exclamó súbitamente David Winfield—. Quiero contratarle... Sé que es un detective honesto. El mejor. ¡Pagaré lo que me pida!

Silliphant arqueó las cejas.

Tal vez Rafill estaba en lo cierto.

La publicidad hace milagros.

—Ya tengo cliente, Winfield.

—Lo he imaginado, al oírle preguntar por el bastardo de Will Frankel. Un caso de chantaje, ¿verdad?

Bob Silliphant mantuvo su rostro inexpresivo.

Sin mover un solo músculo.

Únicamente sus grises ojos desmentían aquella aparente indiferencia.

Su mutismo fue mal interpretado por David Winfield.

—Will Frankel también me está sometiendo a chantaje, Silliphant. ¡Al igual que a su cliente! Puede aceptar mi caso. Será como matar dos pájaros de un tiro. Le recompensaré generosamente.

Silliphant, sin esperar invitación, se dejó caer en uno de los confortables sillones, situados frente a la mesa escritorio. Alargó la diestra para abrir la artística caja de madera de cedro, y tomar uno de los cigarros. Un magnífico veguero, con el sello «Winfield».

—Cuénteme su caso, Winfield.

—¿Trabajaré para mí?

—No puedo aceptar una misión sin conocerla. Hable, y después decidire.

El entusiasmo se esfumó en David Winfield.

Cansinamente, se acomodó tras la mesa. En el anatómico sillón giratorio.

—No puedo ir pregonando mi problema, sin la seguridad de que aceptará solucionarlo.

Bob Silliphant mordisqueó la punta del cigarro. Aplicó la llama del encendedor, succionando repetidamente.

—Lo que me diga será considerado como secreto profesional. Acepte o no, el caso. Esto es como la consulta de un médico, Winfield. Si no puedo curarle, acude a otro doctor.

Winfield mesó nerviosamente su escaso cabello.

Una y otra vez.

—Bien... A decir verdad, ya le he descubierto el problema. Will Frankel me está sometiendo a chantaje.

—Cuente todo con detalle.

—Hace dos semanas... Salía de nuestra fábrica de «Hickory Hills». Mi auto se averió, recorridas un par de millas. Apareció Will Frankel, acompañado de una joven, que presentó como su sobrina. Yo ni tan siquiera conocía a Frankel. Son cerca del millar la totalidad de la plantilla de la «Sampson Company». El mismo se presentó como agente de ventas. Lo cierto es que acepté que me llevara en su coche hasta Chicago, pero no fuimos directamente a la ciudad. Frankel dijo que tenía que pasar por un motel cercano, para retirar el equipaje de su sobrina.

—¿Qué motel?

—El «Fortune». Una vez allí, Frankel sugirió telefonear a la fábrica para que se hicieran cargo de mi auto averiado. Efectué la llamada.

—En uno de los «bungalows» del motel —sonrió Silliphant—. El de la encantadora sobrinita.

David Winfield inclinó la cabeza.

Avergonzado.

—Sí... Reconozco que fui un estúpido. Marilyn, ése era el nombre de la muchacha, preparó unas bebidas. Will Frankel se ausentó...

—Sin duda, fue a buscar la máquina de fotografiar. Es eso, ¿verdad, Winfield? Unas fotografías comprometidas.

—Algo más que eso —musitó el magnate—. Rodaron una película... Mi voz, la de Marilyn y...

—¡Infiernos! Un cortometraje con efectos sonoros... ¡Maldita sea, Winfield! Todo esto es pueril. Un vulgar chantaje, que puede

ser solucionado sin dificultad. ¿Ya ha pagado a Frankel?

—Cinco mil dólares. Prometió entregarme el original del filme.

—Ahora, quiere más.

—Sí.

Bob Silliphant se incorporó del sillón.

—No se los dé. Puede mandarle, con toda tranquilidad, al infierno. No ceda hasta tener en su poder la cinta original y una carta de Will Frankel, confesando haberle sometido a chantaje.

—Pero...

—Esa declaración le protegerá de futuras tentativas de chantaje —interrumpió el detective—. Debe combatirle con sus mismas armas. Todo chantajista cede al ver escapar su presa. ¿Cuánto le pide ahora? ¿Diez mil? No le suelte más de los cuatro mil. Se conformará.

—Ya no quiere dinero.

Silliphant parpadeó.

—¿No quiere dinero?

—Will Frankel era un vulgar agente de ventas, en el reglamentario período de prueba de los seis meses. Desde hace una semana, lleva la dirección de ventas de máquinas recreativas en todos los distritos de Chicago. Está fijo en la nómina. Esa fue su petición. Accedí a ello, con la esperanza de que me entregara el filme; pero me engañó por segunda vez. Ayer volvió a amenazarme. Quiere que introduzca a un amigo suyo en la «Sampson Company». En el Departamento de Exportación.

—Curiosa manera de hacer chantaje. Debe haber subido el índice de paro.

Winfield hizo una mueca.

Amarga.

—Su ironía está fuera de lugar, Silliphant. Estoy entre la espada y la pared. No puedo acceder a la pretensión de Frankel. El nombrarle director de ventas y cederle la exclusiva de las máquinas recreativas, ya me ocasionó problemas. Es un asunto del Departamento de Personal. Había otro hombre desempeñando el cargo a la perfección. Un hombre honrado y fiel, que he trasladado a otra sección. Ahora, en el Departamento de Exportación, es más rigurosa la selección del personal. El cargo es de mucha responsabilidad e importancia. No puedo introducir a un

desconocido, avalado por un chantajista.

—No ceda a sus exigencias. ¿A qué diablos teme? ¿Por su reputación de hombre íntegro y de intachable moral? Esos atributos caducos, en la sociedad actual. Un estorbo.

—Estoy casado con Elizabeth Sampson. Hermana de John Sampson. Propietario de la compañía. Gracias a mi esposa, ocupo la vicepresidencia de la empresa. Las acciones están a nombre de Elizabeth.

—Apuesto a que su esposa es una mujer razonable que...

—Elizabeth es una histérica, de sesenta y cinco años. Su familia, originaria de Boston. En cierta ocasión, me sorprendió contemplando la hoja central del «Playboy». Me amenazó con el divorcio.

El detective chasqueó la lengua.

Sin evitar una leve sonrisa.

—Vuelvo a mi anterior consejo, Winfield. No ceda. Bajo ninguna presión. Sólo usted o su esposa pagarían por la destrucción de ese filme, ¿no es cierto? Su esposa queda descartada. Después de presenciar la película, no daría un centavo por su marido. Si usted se mantiene firme, Frankel comprenderá que esa cinta ya no le es de valor.

—No... no lo comprende, Silliphant...

—¿Qué cosa?

—Esa película... puede acabar conmigo. El ser conocida significaría mi inmediato cese como vicepresidente... Tengo enemigos... envidiosos en el Consejo de Administración, que pagarían, gustosos, por...

—Está exagerando, Winfield. Caminamos hacia el siglo XXI, y esto no es el puritano Boston.

David Winfield se despojó de las lentes.

Ocultó el rostro entre sus manos.

Durante unos segundos.

—Me drogaron... estoy seguro de que fui drogado... ella era una menor... Quince años, Marilyn tenía quince años. Eso me dijo Frankel. Además, yo... ¡Oh, Dios! Voy a mostrarle la copia, Silliphant. Así comprenderá la gravedad de mi situación. Estoy perdido.

Winfield se ajustó nuevamente los lentes.

Abandonó el sillón giratorio para descubrir una caja fuerte, disimulada en la pared.

Extrajo un proyector-visor portátil.

Un modelo con minipantalla incorporada, exclusivo de la «Sampson Company».

—Es cruelmente irónico —comentó David Winfield, con triste sonrisa—. Este modelo de proyector se lanzó al mercado para satisfacer la demanda de los «voyeurs» de cortometrajes pornográficos. Y yo me he convertido en una de las estrellas del cine porno.

Winfield pulsó la palanca.

El visor se iluminó.

También accionó el mando del sonido.

La duración del filme fue aproximadamente de diez minutos.

Un cortometraje que podía figurar, con todos los honores, en la antología del cine porno. En sus dos vertientes. En imagen y sonido.

Sí.

Asombroso.

Algo fuera de serie.

—¿Qué dice ahora, Silliphant?

El detective silbó.

Con verdadera admiración.

—Creía haberlo visto todo... Preséntelo a un concurso, Winfield. Puede desbancar a Garganta Profunda. ¿Cómo ha llegado a...?

—¡Me drogaron! —sollozó Winfield—. ¡Me drogaron!... No desperté hasta diez horas más tarde... Yo soy incapaz...

—No lo dudo. Lo que acabo de presenciar es exclusivo de mentes muy retorcidas. Aberraciones que sólo se adquieren deambulando por las cloacas. ¿Conocía al fulano?

—¿Se refiere...?

—Al individuo de color que se unió a la fiesta del «bungalow».

David Winfield denegó.

Con energía.

—No..., jamás le había visto..., ni tan siquiera recuerdo su entrada en el «bungalow» del motel... Todo es muy confuso. Sólo recuerdo la copa que me ofreció Marilyn. Luego nos sentamos a fumar un cigarrillo. Ella me lo proporcionó. El cigarrillo tenía un extraño sabor... luego, todo es borroso... Soy consciente de haber

participado en esa aberrante orgía, pero siguiendo unos instintos ajenos a mi voluntad... Esa lujuria y desenfreno únicamente pueden estar motivadas por una droga, unos estimulantes enloquecedores que...

—Tranquilo, Winfield. Voy a ayudarlo.

—Yo... le recompensaré...

Silliphant asintió, con un leve movimiento de cabeza. Ajeno a la promesa del magnate.

Estaba pensando en Sally Miller.

Conociendo la catadura de Will Frankel... ¿qué habría sido de Sally?

CAPÍTULO V

STARSKY y Hutch acuden a su confidente negro.

Sólo el color de la piel.

Únicamente eso.

Judy Clark era muy diferente.

Una diosa de ébano.

Una mujer que incluso haría babear a un jefe del Ku-Klux-Klan.

Confesaba tener veinticinco años, pero recientemente había cumplido los treinta. Alcanzando la perfección. Como una fruta madura. En el mejor momento para devorarla a bocados.

Sí.

Judy estaba apetecible.

—Esto no entra en la tarifa, Bob —jadeó la mujer, interrumpiendo el apasionado beso—. Suéltame...

Silliphant hizo caso omiso.

Se apretujó aún más contra la mujer, aplastándola contra el diván. Volvió a apoderarse de los carnosos labios femeninos. La blusa de Judy, desabotonada por completo. La dureza de aquellos túrgidos senos fue nuevamente comprobada por Silliphant.

La zurda de Bob Silliphant descendió, acariciando la negra y fina piel hasta encontrar el cierre lateral de la falda.

Y el entusiasmado detective cayó del sofá.

Hábilmente impulsado por la mujer.

—¡Maldita sea, Judy! ¡He podido romperme la cabeza!

—Lo dudo —rio la mujer, levantándose del diván—. La tienes muy dura.

—Oye, Judy... hace tiempo que tú y yo no...

Judy subió el cierre de la falda. Ajustó la ceñida blusa, olvidando los dos primeros botones. Los opulentos senos hincharon al máximo la tela. Marcándose, provocativos.

—Olvidalo, Bob. Estás aquí por negocios, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

La mujer sonrió, sensual.

—Primero son los negocios, amor. Tengo la información que me solicitaste por teléfono.

—Eres muy eficaz. Me he adelantado, creyendo que tendríamos tiempo de almorzar y de...

—Ya conoces mis métodos de trabajo, Bob. Si el dato está registrado, recibo la respuesta en cuestión de segundos.

Silliphant se levantó.

Chasqueó la lengua.

—Sigo sin creer lo de las computadoras... ¡Una confidente que se basa en los ordenadores para suministrar la información!

Los gordezuelos labios de Judy volvieron a sonreír.

—Hay que modernizarse, querido. No todos mis clientes son buceadores de alcantarillas como tú. Grandes magnates, que desean información del competidor, políticos...

—Todos somos basura.

—No le hago ascos al dinero. Venga de donde venga. Quiero retirarme antes de un par de años, y debo amasar al máximo. Por cierto... son quinientos dólares. Tarifa mínima.

—¿El mínimo no eran doscientos?

—Eso fue en tu anterior consulta. Todo sube, Bob. El funcionamiento de la computadora no es rentable, por menos de los quinientos dólares. Así evito clientes mediocres.

Silliphant extrajo un fajo de billetes.

Tendió quinientos dólares a la mujer.

Judy acudió a una mesa escritorio. De uno de los cajones, seleccionó una carpeta de rojas tapas.

—Aquí tienes, Bob. Vida, obra y milagros de Will Frankel.

—Hazme una sinopsis —dijo Silliphant, encendiendo un cigarrillo y retornando de nuevo al sofá—. Me aburren los curriculum-vitae.

Judy sonrió.

Se encaramó sobre la mesa, cruzando las piernas. Una abertura

lateral en la falda mostró, con generosidad, los esbeltos muslos muy por encima de la rodilla. Al descubierto, quedó el turbador encaje del ligero.

—El tal Will Frankel es un muchacho que promete. Veinticinco años de edad. Nació en Chicago. Sus padres trataron de proporcionarle estudios superiores, pero el bueno de Frankel bebió en las fuentes de billares y prostíbulos de Barrio McLaren. Muertos los viejos, y con ellos el seguro plato de garbanzos, Frankel decidió buscar empleo. Ninguno lo conservó por más de tres meses. Su puesto más estable fue el obligatorio servicio militar. Retorna a Chicago, con ambiciosos planes. Encandila a dos o tres furcias, y vive de ellas una temporada. Detenido por proxeneta, pasa unas cortas vacaciones en prisión. A su salida, entra a formar parte de la organización de Joseph Herrman. ¿Conoces el... negocio de Herrman?

Silliphant asintió.

Succionó el cigarrillo antes de responder.

—Tengo referencias.

—Joseph Herrman es lo más parecido a una babosa. Un individuo repulsivo. Controla la prostitución en la zona oeste del Chicago River. La Mafia se lo permite. Los negocios de Herrman son a pequeña escala, aunque últimamente parece haber extendido los tentáculos. Los métodos de Joseph Herrman para reclutar discípulos son muy variados. Hay que renovar el género constantemente. Los clientes son muy exigentes. Will Frankel forma parte del grupo de buscadores. Para ello solicitan empleo en grandes empresas con elevada plantilla. Frankel está en la «Sampson Company». Allí le resulta más sencillo embaucar a las incautas.

—¿Fue la «Sampson Company» su primer empleo, dentro de la organización de Joseph Herrman?

—Sí. Lleva unos cuatro o cinco meses. No suelen estar más de los seis. Will Frankel es un vulgar agente de ventas. De seguro que, cumplidos los seis meses de prueba, le echarán a la calle, por inepto; pero eso no le importa. Tampoco les interesa permanecer mucho tiempo en una misma empresa.

Bob Silliphant se reclinó en el sofá.

Sonrió.

Irónico.

—No tienes la computadora al día, muñeca.

—¿Qué quieres decir?

—Will Frankel es ahora jefe de uno de los departamentos de venta. Su exclusiva son las máquinas recreativas.

—¿Es cierto eso?

—Ahá. Y apuesto que aguantará más de los seis meses, en la «Sampson Company». Tú misma lo has dicho. Es un joven que promete.

Judy recogió los quinientos dólares de la mesa escritorio.

Acudió junto a Silliphant.

—Aquí tienes. Ya conoces mi norma. Información amplia y veraz. En caso contrario, el cliente recupera su dinero.

—Empiezo a creermelo de las computadoras —rio el detective, sin coger el dinero—. En la «Sampson Company» me proporcionaron el domicilio de Frankel. El 2356 de Fraser Road. ¿Correcto?

—Sí, aunque difícilmente le localizarás ahí. Ese domicilio es el que figura en su ficha de empleado de la «Sampson Company». En el Departamento de Personal.

Bob Silliphant asintió.

Sin comentar que su informador fue el vicepresidente David Winfield.

—¿Dónde puedo encontrar a Frankel?

—En el «Shamrock». Un club nocturno, propiedad de Joseph Herrman. También suele pernoctar en el 1312 de Coote Street. Es el domicilio de una tal Stella Berger. Su chica de turno.

—¿La organización Herrman se dedica únicamente a la prostitución?

—Sí. Bueno... alguna pequeña operación de drogas, pero sin entrometerse demasiado. Joseph Herrman teme pisar el terreno controlado por la Mafia.

—¿Nada de chantaje?

Judy entornó sus grandes ojos.

Dirigió a Silliphant una inquisitiva mirada.

—¿Chantaje? ¿A quién?

—Era una simple pregunta, muñeca. ¿Qué hay de mi otra consulta?

—Negativo. Lo he investigado. Varios de mis enlaces han hecho

preguntas, pero nadie conoce ni ha oído hablar de Sally Miller. Tampoco figura entre las pupilas de Herrman.

—¿Cuáles son los métodos de disuasión, empleados por la organización Herrman?

—¿Te refieres a la forma de convencer a las reclutadas? Los métodos clásicos, Bob. Del Chicago año 30. Eran los mejores. Las muchachas son atraídas con engaños, por individuos como Will Frankel. Empujadas a la droga hasta que dependen de ella, minando así su voluntad. Otras son sometidas a todo tipo de degradación moral, llegando a asquearse de sí mismas. Entonces son fácilmente manejadas por los buitres de Herrman.

—¿Qué ocurre con las más rebeldes?

Judy sonrió.

Sarcástica.

—Puedes leerlo en los periódicos, hermano. Todos los días. En pequeños recuadros, que pasan desapercibidos. «Joven muerta, por sobredosis de barbitúricos.» «Se arroja desde un décimo piso...» Suicidios aparentes, que la policía archiva para tranquilidad de Herrman y de otros de su especie. Si la aparición de un cadáver puede involucrarles, procuran que el cuerpo no sea encontrado jamás. El gigantesco triturador de basuras de las «Bloom Hills» es mudo testigo de ello.

Bob Silliphant quedó en silencio.

Compartía las hipótesis de Judy.

Sí.

Esos eran los métodos.

Los de Chicago años treinta.

Los mejores.

—Tienes un nuevo cliente, ¿no es cierto, Bob? Creí que te tomarías un descanso, después del caso Taviani. Eres un tipo afortunado. No todos se enfrentan, victoriosos, a la Mafia. Haces mal tentando a la suerte.

Silliphant esbozó una sonrisa.

¿Un cliente?

Ya eran dos.

Christine Miller y David Winfield.

Aunque un solo caso.

Estaba convencido de ello.

La organización de Joseph Herrman.

De ahí que aceptara el asunto de Winfield.

—Bueno... Debo irme, Judy. Posiblemente, vuelva a necesitar los servicios de tus computadoras.

—Olvidas los quinientos dólares.

—Déjalos a cuenta.

La mujer movió la cabeza.

—No me gusta dejar nada pendiente. Además, la tarifa puede subir para tu próxima consulta. Vamos a solucionarlo ahora.

—Acéptalos. El dato de Frankel era demasiado reciente. No podías estar al corriente de ello.

—Mi ética profesional me lo impide, Bob. No he proporcionado la información completa.

—¿Se te ocurre algo?

Judy no contestó.

Colocó el pie izquierdo en el borde del sofá.

Muy próximo a Silliphant.

Las manos de Judy subieron la falda para manipular en el ligero. Lenta, muy lentamente, descendió la fina media por el muslo.

Silliphant le quitó el zapato.

Luego el derecho.

Las dos medias de nylon quedaron en el suelo.

La mujer pugnó ahora con el cierre de la falda.

Se había enganchado en la tela.

Bob Silliphant alargó las manos, atrapando la cintura femenina. La atrajo contra sí hasta caer en el sofá. En fracción de segundo, hizo bajar el cierre.

Silliphant era un experto.

CAPÍTULO VI

RECOGIÓ a Christine en el hotel.

Cuando ya los multicolores luminosos de neón destellaban en la calles de Chicago.

Su entrevista con Judy Clark se había prolongado en demasía, aunque no lo lamentaba en absoluto.

—¿Dónde vamos, Bob?

—Al «Shamrock». Un elegante «night-club» —dijo Silliphant, conduciendo el auto por las proximidades a «Station Park»—, Posiblemente, encontremos allí a Will Frankel.

—¿Frankel? Ya hablé con él, en la «Sampson Company». No volvió a ver a Sally, desde que fue suspendida en las pruebas.

—El tal Will Frankel es un lobo con piel de cordero.

—¿Qué quieres decir?

Silliphant inspiró profundamente.

Consciente del efecto que iban a causar sus palabras en Christine, pero tenía que ponerla en antecedentes. Prepararla para lo peor. Narró la vinculación de Will Frankel con la organización Herrman y los sucios manejos de ésta.

Una marcada palidez se apoderó de las facciones de Christine.

—Sally, no... Sally jamás se sometería a eso...

—Hay muchos procedimientos para doblegar la voluntad.

—¡Sally nunca se dejaría!

—Entonces, peor para ella —dijo fríamente Silliphant—. Las que son obligadas a prostituirse, terminan por resignarse a su suerte. Incluso se acostumbran a ese tipo de vida. Son controladas por Herrman, pero también protegidas. Reciben una cantidad fija, que

les permite vestir bien y...

—¡Sally no es...! ¡Oh, Dios mío!

Christine ocultó el rostro entre sus manos.

Sollozó, angustiada.

—Maldita sea... No empieces a llorar, Christine. No lo soporto. Todo esto es una hipótesis. Me consta que Sally no figura entre las muchachas controladas por Herrman, pero sí puede estar relacionado con su desaparición. Es lo que quiero averiguar.

—Perdona, Bob... No volverá a ocurrir. Seré fuerte.

Silliphant desvió fugazmente la mirada del parabrisas.

Sonrió a la joven.

Animosamente.

—Bien. Eso está mejor.

—Háblame más del... del negocio de Joseph Herrman.

—Prostitución organizada. A diferentes escalas. Desde la planificación de orgías para altos ejecutivos, a la explotación de la vulgar «call-girl», la «chorus-girl», la «cocktail-waitress»... Dudo que Herrman tienda sus redes más allá de Chicago. La Mafia opera en mayor escala. Es capaz de suministrar una remesa de jóvenes vírgenes para un jefe africano.

—Parece imposible...

—Nada lo es para la Mafia. Yo conozco bien sus actividades. El tal Joseph Herrman es un simple aprendiz. Vuela lo que le permite la Mafia.

—¿Cómo sabes que mi hermana no está bajo el poder de Herrman?

—Me he informado de ello.

—Entonces... ¿dónde está Sally?

Silliphant encendió un cigarrillo.

Lo succionó un par de veces, antes de responder:

—Puede que no haya caído en las redes de la organización Herrman.

—Dios lo quiera.

—No es mi intención ser pesimista, Christine; pero Joseph Herrman no es la peor fiera de esta jungla de asfalto.

—¿Tú eres feliz, Bob?

El detective parpadeó.

Sorprendido.

—¿Feliz? No sé. Jamás me he formulado esa pregunta. Me limito a vivir. Más bien a sobrevivir. A zarpazos. Procurando ser siempre el primero en pisotear. Así evito ser aplastado.

—Debe ser muy triste vivir así.

—¿Acaso tú eres feliz, muñeca?

—Lo era, en Callsville. Con Sally. Sin ambiciones, sin envidias...

—Sí. Es lo cómodo. Vegetar.

Christine reaccionó.

Furiosa.

—¿Es más constructiva tu forma de vivir? ¡Te vanaglorias de ser fuerte! ¡De sobrevivir en un mundo cruel! ¡De pisotear al prójimo, sin remordimiento alguno! Yo duermo todas las noches, Bob. Sin que nada turbe mi conciencia. Es una sensación de infinita paz, que tú jamás conocerás.

—Cierto. Y me gustaría experimentarlo. ¿Por qué no dormimos juntos una noche de éstas?

Christine enrojeció como la grana.

Sus labios balbucearon.

En busca de las palabras adecuadas, pero finalmente terminó por reír en alegre carcajada.

—Eres... eres...

—Olvidalo. Ya hemos llegado.

El luminoso del «Shamrock» destacaba con su multicolor e intermitente juego de luces.

Bob Silliphant estacionó a pocas yardas de la entrada.

Descendieron del «Mustang».

—¿Qué piensas decirle a Frankel?

—Unas simples preguntas —Silliphant tomó del brazo a la muchacha, penetrando en el local—. Por sus respuestas, decidiré el modo de actuar.

El «Shamrock» no era de los mejores «night-clubs» de Chicago, pero tampoco se catalogaba en la tercera categoría.

Disponía de dos pistas circulares móviles, espaciosa sala acogedores reservados y un longitudinal mostrador.

Ocuparon una de las mesas de pista.

El espectáculo aún no había comenzado.

En las circulares pistas, varias parejas bailaban al lento ritmo de una reducida orquesta.

Les fue servido el pedido.

—No veo por aquí a Will Frankel...

—No me sorprende —sonrió Silliphant, encendiendo un nuevo emboquillado—. La iluminación no es muy potente. Puede que no aparezca por aquí en toda la noche. Es un hombre muy ocupado.

—Me engañó. Un joven tan correcto, tan amable...

—Y atractivo, ¿no? Un buen señuelo para las incautas. Espera aquí, muñeca. Ahora voy yo a tender el anzuelo.

—¡Bob!

Silliphant se incorporó, haciendo caso omiso a la llamada de la muchacha.

Sorteó las mesas de la sala para dirigirse al distanciado mostrador. Allí la iluminación era aún más tenue. Aquél era el lugar ideal para los solitarios en demanda de compañía femenina. Pronto eran atrapados por las profesionales del amor.

—Hola, encanto. ¿Aburrido?

Bob Silliphant sonrió a la mujer encaramada sobre uno de los taburetes.

Un buen ejemplar.

Con un cuerpo pródigo en pronunciadas curvas. El vestido de audaz escote dejaba muy poco para la imaginación. Al menor movimiento, quedaban visibles los opulentos senos femeninos. Movimiento que la mujer efectuó, con fingido descuido.

—Estoy buscando a Will Frankel —dijo el detective, trazando una mirada a izquierda y derecha—. Él es experto en facilitar diversión.

La mujer chasqueó la lengua.

—No, encanto. Yo soy la experta. Dorothy. Te lo puedo demostrar en cualquiera de los reservados.

Silliphant fijó ahora sus ojos en la mujer.

Con deliberada insolencia.

Recorriendo su provocativo cuerpo.

—No lo dudo, Dorothy; pero prefiero la muñeca que me presentó Frankel. Tampoco la veo por aquí...

La mujer borró la sonrisa de los labios.

La transformó en resignada mueca.

—¿De quién se trata?

—Sally. Ese era el nombre de la muñeca.

—¿Sally? No la recuerdo... Si te la presentó Will, puede trabajar en el «Zeus», en el «Royal»... Te resultará difícil dar con ella.

Bob Silliphant extrajo una fotografía del bolsillo superior de la chaqueta.

Una de las proporcionadas por Christine.

Un primer plano del rostro de Sally Miller.

—Esta es mi Sally. ¿La conoces?

La mujer denegó, con un movimiento de cabeza.

Sin alterar sus facciones.

—¿Por qué no preguntas a Donald?... ¡Eh, Donald!

El individuo del mostrador acudió a la llamada de la mujer.

Silliphant dejó la fotografía sobre la barra.

—Estoy buscando a Sally. Me la presentó Will Frankel.

Las facciones de Donald sí se alteraron.

Un sobresalto; que no pasó desapercibido para el detective.

—No la conozco.

—Haz memoria, Donald.

—Ya le he dicho que no la conozco.

—¿Dónde está Will?

—Aún no ha llegado. Puede que no venga. Disculpe... tengo mucho trabajo.

El individuo se alejó precipitadamente hacia el otro extremo del mostrador.

—Ya te advertí que sería difícil, encanto. ¿Por qué no te decides? Apuesto que te hago olvidar a esa tal Sally. Soy un volcán.

Silliphant palmoteó el muslo izquierdo de la mujer.

—Nos quemaremos juntos, otro día. Adiós Dorothy.

El detective retornó a la mesa ocupada por Christine.

La muchacha sonrió forzosamente.

—No vuelvas a dejarme sola, Bob. Algunos individuos me devoraban con la mirada.

—Muy lógico, muñeca. Eres la flor en el jardín de los cactus.

—No me llames «muñeca».

—Disculpa. Es algo instintivo... muñeca —sonrió Silliphant—. Propio de ciertas capas sociales. Las ínfimas. Las que yo frecuento. No hay nombres. Ellas son «muñecas». Ellos son «bastardos».

Los grandes ojos de Christine se posaron en el detective.

En intensa y profunda mirada.

—No me gustas, Bob.

—Tú a mí me vuelves loco.

—Hablo de... me refiero a... tu forma de... ¡Olvídalo!

—Sí, será lo mejor.

—¿Has averiguado algo?

—He mostrado la fotografía de Sally a una de las chicas del local.

—¿La ha reconocido?

Silliphant sonrió.

—No, pero el individuo del mostrador se ha puesto algo nervioso. Descubrir nuestro juego es método peligroso, aunque el más directo. Ahora sólo queda esperar resultados. No dudo que picarán el anzuelo.

—No comprendo...

—Pronto lo comprenderás. ¿Sabes bailar?

—Por supuesto.

—Creí que estaba prohibido, entre las mojigatas de Callsville —
rio Silliphant, incorporándose y tomando del brazo a la joven.

—¡No soy una mojigata!

Pasaron a la pista.

Una lenta y sensual melodía, se dejaba oír.

La única iluminación procedía de los pilotos rojizos e intermitentes que circundaban la pista de baile.

Silliphant enlazó la cintura femenina.

Atrayéndola contra sí.

Estrechamente.

Percibiendo cada una de las curvas femeninas contra su cuerpo.
En cálido y turbador contacto.

Christine no opuso resistencia.

Ni tan siquiera cuando las manos de Silliphant iniciaron un repetido recorrido por la espalda hasta alcanzar las caderas. Volvieron a subir. Una y otra vez. Acariciadoras.

El detective sonrió interiormente.

Percatándose de la rigidez del cuerpo femenino.

Consciente del esfuerzo de Christine en no comportarse como una... mojigata.

—Bob...

—¿Sí?

—Casi no puedo respirar.

—Seguro. Es el ritmo de moda en Chicago. El «Ahógame».

Paulatinamente, el cuerpo de Christine fue perdiendo su tirantez. Incluso los brazos de la muchacha se enlazaron con más fuerza en torno a la nuca de Silliphant.

Le respondía.

Y Bob Silliphant empezó a sentir la garganta reseca.

La música cesó.

Se miraron a los ojos.

El rostro de Christine, encendido. Con un brillo en sus ojos hasta entonces desconocido.

Volvieron a la mesa.

Sin pronunciar palabra alguna.

Bob Silliphant descubrió el no solicitado «ticket» de la consumición. Y junto a él, una pequeña cartulina. Con una dirección escrita en letras de molde.

«Bumber Saloon. 1436 Hart Street.»

—¿Qué es eso, Bob?

El detective sonrió, en enigmática mueca.

—Una cita. Han picado el anzuelo.

—¿Qué quieres decir?

Silliphant arrojó unos dólares sobre la mesa.

Se incorporó.

—En marcha, muñeca.

—No comprendo nada —murmuró Christine, confusa—. ¿Dónde vamos?

—Tú regresas a casita.

—Pero...

—No te preocupes —Silliphant cogió del brazo a la joven, caminando hacia la salida—. Si hay alguna novedad, te telefonaré al hotel.

—¿Por qué no puedo ir contigo, Bob? Si es algo relacionado con Sally, me gustaría estar presente.

Silliphant hizo señas al primero de los taxis alineados frente a la entrada del «Shamrock».

—No es prudente, Christine. La entrevista puede resultar poco cordial. De no telefonar, pasaré mañana a recogerte al hotel. ¿De acuerdo?

La muchacha asintió.

No muy convencida.

El detective abrió la portezuela del taxi, empujando a Christine al asiento posterior.

Cerró la puerta del vehículo.

—¡Al «Savoy Hotel»! —ordenó al taxista.

El auto inició la marcha.

Bob Silliphant, desde la calzada, agitó la mano, al ver asomar el compungido rostro de la joven por la ventanilla.

Acto seguido, se encaminó hacia el estacionado «Mustang».

Pisó a fondo el pedal del gas.

Sus facciones se endurecieron, en fría mueca.

Sí.

Estaba seguro.

La entrevista no iba a ser cordial.

CAPÍTULO VII

EL «Bumber Saloon» era un local de máquinas tragaperras. Las denominadas hipócritamente como recreativas.

¿Por qué no?

En verdad, lo eran.

Todo un recreo, pulsar los lanzamissiles y ver cómo alcanzaban el objetivo en la pantalla. Destruir una imaginaria ciudad. Con un gran efecto sonoro y visual.

También estaban las máquinas atropellapeatones, las liquidaindios, las de exterminio de aviadores nazis...

Agradables juegos electrónicos para el disfrute de la sana juventud de Chicago. Se empezaba por «matar» a aquellos seres de ficción para más tarde liquidar al patrullero del barrio o al celoso propietario del supermercado.

El ruido en el «Bumber Saloon» era ensordecedor.

Las máquinas tragaperras, las «slot-machines», las de competición, las tocadiscos...

Todas en funcionamiento.

Bob Silliphant deambuló por la sala.

Un joven melenudo empezó a saltar y dar gritos.

—¡Le he dado!... ¡Le he dado!...

En la pantalla de la máquina, un caza alemán caía, envuelto en llamas. En un alarde de sonido, junto al fragor del combate, era audible el espeluznante alarido del imaginario piloto. Aquel derribo significaba una bonificación de tres juegos más en la máquina.

Los aparatos instalados al fondo del amplio local eran más silenciosos.

Unas máquinas de proyección de cortometrajes.

Eran como el telescopio de un submarino.

Funcionaban con medio dólar, veinticinco centavos, diez o cinco. Dependía de la duración del filme y de su temática. Para todos los gustos. Escenas de matanza en Vietnam, sadomasoquismo, zoofilia, porno puro, especial-«gay».

Una maravilla.

Bob Silliphant se percató de que todas las máquinas del «Bumber Saloon» lucían la placa de fabricación de la «Sampson Company».

—¿Me busca a mí?

La voz surgió súbitamente a espaldas del detective.

Silliphant giró, enfrentándose con un individuo joven. De atractivo y bronceado rostro. Con un elegante traje en tejido de pana lisa, bordada camisa y pañuelo de seda anudado al cuello.

El detective le reconoció.

La fotografía mostrada por Judy, en el «dossier» relacionado a Will Frankel, no le hacía justicia.

Will Frankel, al natural, era repulsivamente guapo.

—Sí, Will. A ti te estoy buscando.

—¿Qué quiere de mí?

Silliphant fingió no oírle.

Arqueó las cejas.

—¿Cómo?... Oye, Will... ¿no podemos hablar en un lugar más tranquilo?

Frankel dudó.

Dirigió una significativa mirada a tres melenudos, que jugaban en una de las máquinas más próximas. Acto seguido, señaló una puerta que lucía el indicativo de «privado».

—Sígame.

El detective fue tras Frankel.

Pasaron a una reducida estancia. Por todo mobiliario, una mesa, tres sillas y un archivador metálico.

—¿Y bien? —inquirió Will Frankel, desafiante—, ¿Quién es usted?

—Bob Silliphant, investigador privado.

—¿Puedo ver su credencial?

—Seguro.

Silliphant se la mostró.

Aproximándola tanto al rostro de Frankel que le obligó a retroceder unos pasos.

—Me han informado de sus preguntas en el «Shamrock». No me gustan sus métodos, Silliphant. Se hizo pasar por amigo mío, afirmando que yo le puse en contacto con una tal Sally.

—Disculpa, Will. Soy muy mentiroso.

—¡Al grano, Silliphant! ¿Qué quiere de mí?

Las facciones de Silliphant se endurecieron.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí... vamos a ser muy breves. Estoy buscando a Sally Miller. Contratado por su hermana.

—¿Sally Miller?... Ah, sí... la recuerdo. Recientemente, hablé con Christine Miller. Después de que se presentara para las pruebas de aptitud en la «Sampson Company», no volví a saber de Sally. Estaba convencida de pasar airoosamente la prueba, pero no fue así. Sally me dijo que regresaba a Callsville.

—No lo hizo, Will.

Frankel se encogió despreocupadamente de hombros.

Del bolsillo superior de la elegante chaqueta, extrajo una cajetilla de tabaco turco. Con deliberada lentitud, encendió un cigarrillo.

—No me sorprende. Estaba muy avergonzada por su fracaso.

—Apuesto a que le ofreciste otro empleo.

—Se equivoca, Silliphant. No volví a verla.

—Resulta extraño que, después de acompañarla diariamente a casa de los Holmes, la dejaras abandonada como un paraguas.

—Fueron tres los días. Tres tan sólo. Oiga, Silliphant... voy a serle sincero. La chica me gustaba. Era un encanto. Después de suspender las pruebas, le sugerí que viviera conmigo hasta que le buscara un trabajo. Se negó. Dijo que regresaba a Callsville. Y no volví a verla más.

—Trabajas para Joseph Herrman, ¿no es cierto?

Frankel dirigió una despectiva mirada al detective.

—Mis actividades no le importan, sabueso.

El movimiento de Silliphant fue rápido.

Proyectó la zurda.

Aparentemente sin violencia, no obstante, el trallazo en el rostro hizo retroceder a Frankel hasta tropezar con la mesa.

Sin darle tiempo a reaccionar, le atrapó por las solapas de la elegante chaqueta de pana.

—Okay, Will... Ya hemos jugado un poco. Ahora se terminaron las bromas. ¿Dónde está Sally?

—¡Maldita sea!... ¿Se ha vuelto loco? Yo no...

Ahora fue con la derecha.

Un revés.

Will Frankel empezó a sangrar por la boca.

Fue entonces cuando se abrió la puerta del despacho, dando paso a los tres melenudos.

Tres individuos hechos con el mismo molde.

Jóvenes. Ninguno había alcanzado los veinticinco años. Con abundante melena, acaparadora de piojos. Los tres con chaquetilla de cuero y descoloridos pantalones «jean». Botas de alto y grueso tacón.

Los tres, con una cadena de hierro en la mano derecha. Los tres muy sonrientes.

—¿Necesitas ayuda, Will? —inquirió uno de los melenudos, que lucía, orgulloso, un alfiler perforando su oreja izquierda.

Frankel retrocedió hacia uno de los rincones.

Sonrió en sádica mueca. Sin importarle que la sangre manara aún más de sus maltrechos labios.

—¡Adelante, muchachos! ¡Dadle una buena paliza!

Los tres melenudos se distanciaron.

Con estudiados movimientos.

Cercando a Silliphant.

—Eh, amigos... Tranquilos... Yo soy de los vuestros —dijo el detective—. Sigo la moda «punk». Todas las noches, al acostarme, me cuelgo un cenicero de la nariz.

Uno de los melenudos rio, divertido.

Semejando a una hiena afónica.

—Un tipo gracioso. Te vamos a quitar el humor para el resto de tus días. ¡Ahora, Philip!

El llamado Philip hizo girar la cadena, pero fue el que dio la orden, el primero en atacar.

Los tres individuos actuaban a la perfección.

Sincronizados.

Como un ballet.

El falso ademán de Philip no sorprendió al detective; aunque de poco le sirvió. No esquivó por completo el trallazo, pese a protegerse con el brazo. Parte de la cadena le golpeó en el hombro.

Silliphant tiró de ella.

Con violencia.

Obligando al melenudo a aproximarse y recibirle con un brutal patadón en el bajo vientre.

El individuo ni tan siquiera lanzó un gemido. Quedó pálido. Lentamente, se dobló. Con la boca desmesuradamente abierta.

Philip sí actuó ahora.

No quiso correr el riesgo de su compañero, y arrojó con habilidad la cadena a las piernas de Silliphant. Poco más abajo de las rodillas.

El segundo melenudo proyectó la cadena, manejándola como si fuera un látigo.

Al pecho de Silliphant.

El detective, al intentar esquivar el golpe y aprisionadas las piernas, perdió el equilibrio.

Antes de caer, recibió un nuevo trallazo.

La cadena le golpeó en el costado izquierdo.

—¡Ya es nuestro!

—¡Las tripas, Stanley! —gritó Will Frankel, con sádico brillo en la mirada—. ¡Pisoteadle las tripas!

Stanley llevaba una flor dibujada en el ojo izquierdo.

Era, sin duda, un romántico.

Con la puntera de la bota castigó el costado de Silliphant. Este rodó por el suelo, con la esperanza de escapar de los hipies; pero Philip le esperaba al otro lado.

Philip no era un romántico.

Descargó el grueso tacón de la bota en la cabeza de Bob Silliphant.

—¡Seguid!... ¡Seguid! —aullaba Frankel, reflejando en su rostro un enfermizo placer—. ¡Quiero verle escupir las tripas por la boca!

Stanley y Philip no se hicieron de rogar.

El tercer melenudo, aunque no del todo recuperado, quiso sumarse a la distracción.

Bob Silliphant ya no acusaba el castigo.

Ya no sentía los golpes.

Había perdido el conocimiento.

Aquello no restaba entusiasmo a los melenudos.

Tenían vocación.

—¡Quietos!

La orden fue dada por el individuo que entró en el despacho, cerrando precipitadamente tras sí.

Un hombre de unos cuarenta años de edad. De discreto traje gris. De características muy dispares al habitual del «Bumber Saloon».

—¡Es un detective, Gorney! —exclamó Frankel, molesto por la interrupción—. Está investigando...

Mike Gorney, uno de los hombres de confianza de Joseph Herrman, hizo chasquear los dedos.

Los tres melenudos abandonaron la estancia.

—Eres un idiota, Will.

—¿Por qué, Gorney? Yo no...

—Se te ordenó únicamente que averiguaras quién era el individuo y el por qué te buscaba.

—Es un investigador privado. Bob Silliphant. Contratado por Christine Miller para que encuentre a su hermana Sally. La chica que...

—No necesito explicaciones —interrumpió Gorney, secamente—. Se te advirtió de los nuevos métodos, Will. Nada de iniciativas, sin consultar con el jefe. ¡Ninguna iniciativa!

—Me atacó, Gorney... Alerté a unos amigos para que intervinieran... Es un individuo peligroso.

Mike Gorney tomó el teléfono depositado sobre la mesa.

Marcó un número en el dial.

Una voz masculina le llegó a través del micro.

—¿Sí?

—Aquí Gorney. Estoy en el «Bumber Saloon». El hombre es Bob Silliphant, investigador privado. Contratado por Christine Miller. Unos amigos de Frankel le han propinado una paliza.

—¿Sigue ahí?

—Sí.

—Te llamaré dentro de unos minutos para darte instrucciones, Gorney.

Al otro lado del hilo se cortó la comunicación.

Mike Gorney colgó el auricular.

Se aproximó a Silliphant.

El detective tenía la ceja izquierda rota. La sangre resbalaba hasta gotear en el suelo. También sangraba por nariz y labios. El pómulo izquierdo, hinchado.

Gorney chasqueó la lengua.

—Puedes tener dificultades, Will. Este fulano únicamente sospechaba de ti. Ahora ya no dudará. Para hacer esto, no era necesario avisarte y citarlo aquí. Le vi salir del «Shamrock» y subir al «Mustang». ¿Crees que nos resultaría difícil machacarlo allí mismo? Se te ordenó...

El timbre del teléfono interrumpió a Mike Gorney.

Acudió de nuevo a la mesa.

—Gorney al habla.

La misma voz de antes.

Ahora pronunció tan sólo tres palabras:

—Matad a Silliphant.

CAPÍTULO VIII

EL «Bumber Saloon» ya había cerrado sus puertas, obligando a la juventud de Chicago a buscar otras sanas diversiones que de seguro aparecerían al día siguiente en la crónica de sucesos.

El «Mustang» conducido por Will Frankel llegó al callejón.

Descendió del vehículo, abriendo la puerta trasera del «Bumber Saloon».

Allí ya le esperaba Mike Gorney.

—¿Aún duermes? —inquirió Frankel, dirigiendo una mirada al inerte detective.

Gorney asintió.

—De haber recibido tú el castigo, estarías muerto, Will. El tal Silliphant es un tipo duro. Ayúdame...

Entre Gorney y Frankel cargaron con el detective.

Fue introducido en el asiento delantero del «Mustang».

—¿Te acompaño?

Mike Gorney denegó ahora con un movimiento de cabeza, mientras se ajustaba unos guantes de goma.

Se acomodó frente al volante.

—No es necesario. Posiblemente, no salga de Barrio Hyams. Este es un buen lugar para morir.

—¿Un... accidente?

Gorney hizo una mueca.

Despectiva.

Dedicada a Frankel.

—Estúpido... Sólo tienes fachada, Will. Una cara bonita y la cabeza vacía. ¿Cómo diablos voy a simular un accidente? ¿Acaso no

son visibles las huellas de la paliza recibida? Y de seguro tiene algunas costillas rotas. Simularé un robo. Silliphant se resiste, y termina con un balazo en la cabeza. De su propio revólver. Estos sucesos son normales en Barrio Hyams.

—Muy buena idea, Mike —aduló Frankel, hipócritamente.

—¡Al diablo contigo!

Mike Gorney introdujo la marcha atrás.

Al finalizar el callejón, giró el volante, cambiando la dirección y enfilando por «Hart Street».

En efecto realizó un corto trayecto, aunque sí distanciándose considerablemente del «Bumber Saloon».

Sin abandonar Barrio Hyams.

Detuvo el auto en una de las más solitarias y peor iluminadas calles de la zona.

Junto a dos bidones de basura.

Mike Gorney se ladeó en el asiento para poder registrar los bolsillos del inconsciente detective.

Se apoderó de la cartera.

También del revólver del treinta y ocho, oculto en la funda sobaquera.

Fue entonces cuando Bob Silliphant entreabrió los ojos.

Y Mike Gorney se percató de ello.

La cartera cayó de sus manos, pero no el revólver, que enfiló hacia el pecho de Silliphant.

El detective se abalanzó sobre el brazo armado.

Pugnando por arrebatarle el revólver.

Mike Gorney le rechazó, sin dificultad. Consecuencia de las minadas fuerzas de Silliphant.

Aquel forcejear hizo abrir la portezuela del auto.

Mike Gorney, perdido el apoyo, cayó hacia atrás aparatosamente. Su contacto con el asfalto fue de fracción de segundo.

Se incorporó, veloz.

Con el revólver en la diestra.

Se asomó a la abierta portezuela del «Mustang».

Con el dedo índice curvado sobre el gatillo.

La detonación rompió el silencio de la noche.

El impacto hizo trastabillar a Gorney. No acusó dolor alguno.

Tan sólo sorpresa. Una mueca de estupor, que desencajó sus facciones. Con incrédula mirada, ya velada por el fantasma de la muerte, contempló el negruzco orificio dibujado en su camisa.

A la altura del corazón.

De aquel orificio empezó a brotar un rojo líquido.

Mike Gorney cayó de rodillas.

Acto seguido, de bruces.

Golpeando su frente contra la carrocería del auto.

No se hizo daño.

Ya estaba muerto.

Bob Silliphant, tendido a lo largo de los dos asientos delanteros, se incorporó con dificultad. Su mano derecha sostenía la humeante «Thomas». Lentamente, volvió a depositarla en el compartimiento del salpicadero.

Se situó frente al volante.

Los habitantes de Barrio Hyams no eran amigos de conectar con la policía, pero siempre surgía el mal ciudadano que daba aviso.

Sí.

Tenía que salir de allí, cuanto antes.

Silliphant empujó con el pie la cabeza de Mike Gorney para evitar aplastarla con las ruedas del vehículo.

Aquel movimiento hizo crispas el rostro de Silliphant, en una mueca de dolor.

Un lacerante dolor, que le recorrió todo el costado izquierdo.

Inició la marcha del «Mustang».

Efectuó el trayecto sin alardes de velocidad ni maniobras audaces. No estaba en condiciones para ello.

Poco más tarde, descendía al parking subterráneo del 1231 de Badel Street.

Tomó el elevador en el mismo sótano.

Afortunadamente, no se cruzó con nadie. Su lamentable estado hubiera alarmado a los vecinos.

Con torpes movimientos, buscó las llaves del apartamento.

La puerta se abrió antes de que introdujera la llave en la cerradura.

La expresión de alarma en Bob Silliphant se transformó en una leve sonrisa.

Un ángel había salido a recibirle.

Christine no reaccionaba.

—Dios mío... Dios mío...

El detective se había dejado caer pesadamente en el sofá del salón.

Extendió el brazo derecho.

—La botella, muñeca... Alcánzame. No te molestes en buscar un vaso.

La joven obedeció, presurosa.

Bob Silliphant aplicó el gollete de la botella a los labios.

Un largo trago de vodka, que pareció reanimarle.

—¿Quieres, muñeca? Tienes peor cara que yo...

—Bob... ¡Oh, Dios! ¿Qué te han hecho? ¿Quién ha sido?...

—Unos amiguitos de Frankel.

—Avisaré a un médico y...

—Nada de médicos —interrumpió el detective—. Estoy bien. Son simples magulladuras. Afortunadamente, creo que no tengo ninguna costilla rota. Ya iré a un médico de confianza.

Christine se aproximó.

Dirigiendo a Silliphant una angustiosa mirada.

—¿Simples magulladuras? No te has visto en un espejo, Bob. Aún sangras por la ceja y labios. ¿Tienes, al menos, un botiquín?

—En el baño.

—Debes acostarte, Bob. Yo te ayudaré...

Silliphant se incorporó.

Esbozando una sonrisa.

Aunque no era necesario, aceptó la frágil ayuda de la muchacha. La rodeó por los hombros.

—Con cuidado...

—Sí, nena.

Pasaron al dormitorio.

Christine le despojó de la chaqueta.

—Túmbate en la cama, Bob.

La joven se introdujo en el contiguo cuarto de baño.

Retornó a los pocos minutos, portando un pequeño maletín blanco.

Bob Silliphant estaba sobre el lecho.

La funda sobaquera y su recuperado revólver del treinta y ocho,

en la mesa de noche.

Christine se sentó al borde del lecho, manipulando en el maletín.

—¿Qué haces aquí, Christine?

—¿Cómo?... Ah, yo... No quería permanecer en el hotel pacientemente. Decidí esperarte aquí.

—Una gran idea.

La muchacha procedió a limpiarle las heridas del rostro.

—Bob...

—¿Sí?

—¿Por qué te han atacado salvajemente? ¿Significa que tienen en su poder a Sally?

—Will Frankel lo negó. Me disponía a interrogarle debidamente, cuando fui atacado por tres melenudos, armados con cadenas. Me dejaron sin sentido. Lo recuperaré en mi auto. Cuando un individuo se disponía a disparar sobre mí.

Christine agrandó los ojos.

Pálida.

—¿Disparar?... ¿Iba a matarte?

—Ahá.

—Pero... ¿por qué?

—¡Maldita sea! ¿No lo comprendes?

—¡No! ¡No puedo comprender que se mate con tanta facilidad! Aun suponiendo que ellos tengan a Sally, y tú lo hayas descubierto... ¡No es preciso matar!

Silliphant sonrió.

—Eres como una paloma en un nido de cuervos. En Chicago, son cientos los individuos que liquidarían a su propia abuela, por un mísero puñado de dólares. No te inquietes. La muerte de ese fulano no ocupará más de dos líneas en los periódicos.

—¿Le has...?

—Su vida o la mía.

—Dios mío... Todo por mi culpa. Arriesgas la vida por ayudarme. De seguro, encontrarás dificultades con la policía y...

—No me relacionarán con el muerto. Utilicé un arma no registrada. Me quitó la cartera y el revólver reglamentario, pero cayeron dentro del auto. Nada mío quedó allí.

—¿No has denunciado lo ocurrido?

—¿A la policía? ¡No, diablos! No soy simpático en ninguno de

los distritos policíacos de Chicago.

—Creí que tu deber...

—Si todos cumpliéramos con nuestro deber, no existirían los problemas, muñeca. Ciertamente es mi obligación comunicar lo ocurrido. Ocultarlo puede, incluso, ocasionarme la retirada de la licencia. No me importa. Yo tengo mis propios métodos. Son los mejores para sobrevivir en esta infernal ciudad.

—No hables más, Bob... Vuelves a sangrar.

Christine apoyó con suavidad el algodón en los labios del detective.

Lentamente, se inclinó para besarle en la comisura de la boca.

—Más, Christine. Unos cuantos más, bien distribuidos, y me recupero por completo.

La joven sonrió.

Procedió a desabotonarle la camisa.

Tres surcos casi negruzcos cruzaban el pecho de Silliphant. Junto con varios círculos amoratados.

—¿Cómo te han hecho esto? —susurró Christine, casi sin voz.

—Unas cadenas. Luego, creo que ensayaron un nuevo paso de baile sobre mi estómago.

—Debería llamar a un médico.

—Tú eres la mejor medicina, muñeca.

Se miraron a los ojos.

Intensamente.

Christine desvió la mirada.

Con una esponja, humedeció el pecho de Silliphant. Acto seguido, procedió a aplicar una pomada linimento.

Las manos de Christine recorrieron, acariciadoras, el pecho masculino. Descendiendo con suavidad por los costados para luego subir nuevamente hasta el cuello.

Una y otra vez.

Muy suavemente.

Sus miradas volvieron a encontrarse.

Bob Silliphant tendió sus manos.

No fue necesaria ninguna palabra.

CAPÍTULO IX

BOB SILLIPHANT se contempló en el espejo del cuarto de baño.

Había empleado más de quince minutos en el afeitado, pero el resultado fue de su agrado.

No tenía mal aspecto.

El único parche era el de la ceja.

Cierto que el pómulo izquierdo seguía algo hinchado. Al igual que los agrietados labios.

Quedaría más discreto con unas gafas de sol.

El timbre del teléfono le hizo girar con rapidez.

Se precipitó hacia la mesa de noche, atrapando el micro.

Su deseo de que no despertara Christine fracasó.

La muchacha había dado un respingo, quedando sentada en el lecho. Al percatarse de su desnudez, subió la sábana, cubriendo los túrgidos senos.

Silliphant colgó el micro.

—Buenos días, Christine.

—¿Quién era?

—La respuesta a mi llamada de ayer —sonrió el detective, acoplando la funda sobaquera—. Puedes seguir durmiendo. Aún es temprano.

—¡Oh, no!... ¡Quiero ir contigo!... La ropa... dame mi ropa, Bob...

Silliphant se sentó en el borde del lecho.

Con cínica sonrisa, alcanzó el sujetador caído sobre la alfombra. Junto a un minúsculo slip de calado encaje negro.

—¿Por dónde empiezas?

Christine enrojeció como la amapola.

—Eres... eres...

—Espérame aquí, muñeca. Almorzaremos juntos.

—¡Bob! ¡Bob!...

Silliphant, sin hacer caso a la llamada, recogió una chaqueta, encaminándose hacia la salida.

Abandonó el apartamento.

Minutos más tarde, se encontraba en el parking del edificio.

Al volante del «Mustang».

Un nuevo día empezaba en Chicago.

Cielo gris.

Poco importaba.

El sol difícilmente triunfaba contra la sempiterna contaminación que envolvía la jungla de cemento.

Encendió un cigarrillo.

Después de dos chupadas, lo arrojó por la ventanilla.

Aún tenía la boca pastosa.

El tránsito, ya en aquellas primeras horas, intenso, le hizo demorar su llegada a Coote Street.

Un «Pontiac» negro, detenido frente al 1312, abandonó el estacionamiento.

Bob Silliphant sonrió, ocupando su lugar.

La presencia del «Pontiac» significaba que Will Frankel continuaba en el apartamento de su amiga Stella Berger. Esa fue la información que la eficaz Judy le suministró, por teléfono. En respuesta a su consulta de ayer.

Sí.

El detective telefoneó desde el apartamento para que le localizaran a Frankel. Tenía que devolverle la paliza.

Y el servicio de Judy Clark había funcionado, una vez más.

El fulano del «Pontiac» era un empleado de Judy.

Ahora se alejaba.

Ya había cumplido su misión, con la llegada de Silliphant.

El detective abrió el salpicadero del auto. Junto a la «Thomas», había un juego de llaves. También unos nudillos de acero.

Silliphant sonrió fríamente.

Descendió del vehículo, adentrándose en el 1312 de «Coote Street». Encaminó sus pasos hacia el ascensor, que abandonó al

llegar a la planta siete.

Apartamento D-12.

Bob Silliphant miró a izquierda y derecha.

El corredor aparecía desierto.

Extrajo el juego de llaves.

Fue al tercer intento.

Lentamente, empujó la puerta.

El detective se adentró en el apartamento, cerrando tras sí.

Quedó unos instantes en el reducido living.

De una de las estancias, le llegó una música.

Un trepidante rock del eterno Presley.

Silliphant avanzó.

La música procedía del salón-comedor. Puerta corredera, de doble hoja. Entreabierta.

Descubrió a la mujer.

Estaba junto al mueble-bar. En uno de los elementos, se acoplaban televisor, radio y tocadiscos.

La mujer, de espaldas a la puerta.

Lucía una negligé. Muy cortita. Transparente. Era su única prenda.

La mujer movía las amplias caderas, al frenético ritmo.

Se inclinó para coger el recipiente del hielo.

La negligé ya no ocultó nada.

Bob Silliphant no apreció el turbador espectáculo.

No era el momento.

—Stella...

La voz de Silliphant, aunque tenue, hizo dar un respingo a la mujer, que giró, sobresaltada.

El detective fue contundente.

Sin contemplaciones.

Su puño izquierdo fue directo a la barbilla de la mujer.

Stella Berger no llegó a caer.

Los brazos de Silliphant lo impidieron.

—¡Eh, Stella! —gritó una voz, desde una de las habitaciones del corredor—. ¡Mi naranjada con mucha ginebra!

Bob Silliphant dejó a la desvanecida mujer sobre el sofá que adornaba el salón.

Acentuó el volumen del tocadiscos.

Del mueble-bar tomó un vaso de amarillento contenido.

Fue el propio Will Frankel quien delató su posición, al gritar nuevamente:

—¡Maldita sea, Stella!... ¡Más bajo el tocadiscos!

Estaba en uno de los dormitorios.

Junto al armario.

Contemplándose en el espejo.

Y fue en el espejo donde vio reflejada la imagen de Silliphant.

La palidez de Frankel fue cadavérica. Quiso precipitarse hacia la mesa de noche, donde reposaba una «Luger».

Silliphant le puso la zancadilla.

—La naranjada, Will —sonrió el detective, dejando caer el líquido sobre la cabeza del individuo—. Con mucha ginebra.

Frankel gateó hacia la mesa de noche.

Tampoco ahora llegó.

Un patadón en el estómago le hizo rodar por el suelo.

Bob Silliphant le ayudó a incorporarse.

Cuando le tuvo en pie, le soltó un trallazo en el rostro.

Will Frankel cayó sobre el lecho. Un colchón de muelles, que le hizo rebotar para encontrarse nuevamente con el puño de Silliphant. Ahora en plena boca.

Ya no rebotó más.

Bob Silliphant le había aplicado la rodilla en el estómago.

Aprisionándole contra el lecho.

—Bueno, amigo Will... Ayer quedó interrumpida nuestra conversación en lo más emocionante. ¿La reanudamos?

—¡Hijo de perra!

El detective sonrió.

Chasqueó la lengua.

—Okay. Will. Tú me obligas. Son métodos que me desagradan. Conoces esto, ¿verdad? —Silliphant se ajustó los nudillos de acero a la mano derecha—. Apuesto que tus amigos del «Bumber Saloon» los utilizan, junto con las cadenas. Estos pertenecieron a un tal Cyril Bronson. Me atacó con ellos. Bronson está ahora en prisión. Le conocen por «Pulpa» Cyril. Sí, Will. Así le quedó la cara. Convertida en pulpa.

El terror se apoderó de Frankel.

—No será capaz...

—¿Por qué no? —preguntó Silliphant, perplejo—. He hecho cosas peores. Tú eres una vulgar rata. No es delito aplastarlas.

—¿Qué quiere de mí?

—La verdad, Will. Todo lo relacionado con Sally Miller.

—¡No sé nada! ¡La última vez que...!

Bob Silliphant descargó el puño derecho.

Sobre la boca de Will Frankel.

Con controlada violencia.

La suficiente para que se escuchara un espeluznante chasquido, y la boca de Frankel se convirtiera en un viscoso orificio bermejo.

Empezó a escupir sangre.

Junto con un par de dientes.

Los restantes le quedaron bailando.

—Me... me ha destrozado la boca —farfulló Frankel, con dificultad, ahogado por la sangre que manaba, abundante—. Los dientes...

—Tranquilo, Will. Puedes llevarlos postizos. Lo malo será la cara... No encontrarás repuesto para ella. Y es tu herramienta de trabajo. Con ella embaucas a las jovencitas, ¿no es cierto? A las incautas como Sally Miller.

—¡No puede hacerme esto! ¡Usted es la Ley!

Silliphant rio en burlona carcajada.

—¿Yo? ¿Estás de broma? Si representara a la Ley, ya estarías muerto, bastardo. Sin juicio. Eres basura.

—¡No tiene derecho!

Bob Silliphant se contempló los nudillos de acero.

Se habían teñido de rojo.

—El siguiente golpe será en el ojo, Will. Te lo voy a hacer saltar como una aceituna.

—¡No!... ¡NO!... ¡Hablaré! ¡Le diré todo!...

El detective se detuvo con el puño, en alto.

Sonrió.

Retrocedió, dejando de aprisionar con su rodilla el pecho de Frankel.

—Okay, Will. Empieza. Sin timidez. Conozco tu trabajo para Joseph Herrman. ¿Dónde está Sally?

—Yo no soy culpable... Fue Herrman.

—¿Quieres decir?...

Frankel asintió.

Nerviosamente.

—Sí Sally Miller está muerta.

* * *

Will Frankel pasó por enésima vez la sábana por la boca.

Incapaz de controlar la abundante sangre.

—Sally se dejó embaucar, en Callsville. La seleccioné. Era una buena candidata. Su única familia era una hermana. Sally, siguiendo mis aparentes buenos deseos, se presentó en la «Sampson Company». Hizo un buen examen, pero yo me encargué de manipular en los «tests» para que aparecieran incorrectos. Lógicamente, no fue aceptada,

—Eres un perfecto gusano, Will.

—Yo... yo no...

—¡Sigue, maldita sea!

—Sí... La primera fase ya estaba hecha. Sally, desmoralizada y sin deseos de regresar a Callsville. Consulté con Joseph Herrman. No quiso dejar escapar aquel mirlo blanco. Me ordenó que llevara a Sally a los «Tyne Films».

—¿Qué es eso?

—Uno de los negocios de Herrman. Unos estudios cinematográficos turísticos. Es una tapadera para la realización de cortos pornográficos. Sally tenía que presentarse allí para una supuesta plaza de secretaria.

Frankel hizo una pausa.

Desvió la mirada de Silliphant.

Escapando de los fríos ojos del detective.

—Bueno... Joseph Herrman siguió el método habitual... Drogó a la muchacha..., luego abusó de ella..., también los que se encontraban en los estudios... Las escenas fueron filmadas.

—Y luego, pasados los efectos de la droga, proyectadas a Sally. ¿Me equivoco, hijo de perra sarnosa?

—Ese es el procedimiento, pero con Sally Miller no ocurrió así. Tal vez una sobredosis de droga... un fallo en el corazón... Lo cierto es que la joven no se recuperó. Si el cadáver aparecía, una vez identificado por la policía, podían relacionarme con ella. No había que dejar rastro de Sally. Sería un nombre más en el Departamento de Personas Desaparecidas. El propio Herrman se encargó del

trabajo. Arrojó el cadáver a un triturador de basuras.

—¿Cuándo ocurrió eso, Will?

—Pues, el quinto día de su llegada a Chicago.

—El quinto, ¿eh?

—Sí.

Los nudillos de acero fueron ahora contra el pómulo izquierdo de Will Frankel.

Brutalmente.

El individuo aulló de dolor.

—¡Mientes, Will! ¡Sally ha estado en contacto con su hermana, durante veinte días! ¡Cartas y llamadas telefónicas a Callsville!

Los ojos de Frankel se habían llenado de lágrimas.

Acusando el violento golpe recibido.

—¡Es la verdad!... ¡Lo juro!... Puede que cualquiera de las chicas de Herrman, siguiendo sus instrucciones, se hiciera pasar por Sally para no alarmar prematuramente a la hermana. ¡Es la verdad!

—Pasemos a otro asunto, Will. ¿Qué hay del chantaje a David Winfield?

La mueca de estupor en Frankel casi resultó cómica.

—¿El... el...?

—No me hagas repetir, Will. Estoy al corriente de ello. ¿Para qué quieres ser jefe de ventas exclusivo de las recreativas?

—Estoy en mayor contacto con los jóvenes, chicos y chicas... El deambular por todos los salones de máquinas tragaperras de Chicago me hace conocer a posibles candidatas... También es un buen mercado para la droga.

—¿Droga? ¿Desde cuándo Herrman trafica en eso?

—Estamos abriendo horizontes.

—Dentro de poco, a cotizarse en Wall Street.

—Joseph Herrman se ha vuelto ambicioso —murmuró Frankel, ajeno al sarcasmo del detective—. Tiene grandes ideas.

—¿Como la de introducir a uno de sus hombres en el Departamento del Exterior de la «Sampson Company»?

—Sí...

—¿Con qué fin?

—Armas. Contrabando de armas, escondido en las máquinas destinadas a Europa. Ya hay grupos terroristas europeos, interesados en ellas.

—Me sorprende esa audacia, en Herrman. ¿No teme irritar a la Mafia?

—Joseph no teme a nada. Tampoco a la policía. Negaré todo cuanto acabo de decir. Es más... Pienso formular una denuncia, por malos tratos.

Silliphant sonrió.

—¿Me crees tan iluso como para presentarte a la policía? Yo también tengo mis propios métodos, Will. ¿Dónde está la película comprometedora para David Winfield?

—Lo ignoro. Joseph se ha vuelto muy reservado.

—Bueno, Will... No te molesto más. Gracias por todo.

Bob Silliphant giró.

Consciente de lo que iba a suceder a continuación.

Will Frankel, apenas el detective le dio la espalda, tendió, veloz, su diestra hacia la «Luger».

Y por tercera vez, los nudillos de acero castigaron a Frankel.

Ahora, en la nuca.

El impacto le hizo golpear la frente contra la mesa de noche.

Cayó sin sentido.

Silliphant se despojó de los nudillos de acero, arrojándolos sobre el lecho.

—Guárdalos como recuerdo...

El detective pasó al salón.

En el momento en que Stella Berger marcaba un número en el dial del teléfono.

Lo soltó, ante la aparición de Silliphant.

—Tranquila, muñeca. Puedes avisar a Herrman. Dile que pronto recibirá mi visita.

Bob Silliphant abandonó el apartamento.

Ya frente al volante del «Mustang», enfiló hacia Badel Street.

En busca de Christine.

Portador de malas noticias.

Sí.

Iba a ser un duro golpe para la muchacha.

La jungla de Chicago se había cobrado una víctima más.

Bob Silliphant estacionó en el parking del edificio. Consciente de que el proyectado almuerzo no iba a tener lugar.

En el elevador, encendió el enésimo cigarrillo.

Estudiando mentalmente las palabras a pronunciar. Buscando la forma menos ruda de comunicar la triste noticia.

Abrió la puerta del apartamento.

Antes de cerrar tras sí, ya le llegó la jubilosa voz de Christine.

—¡Bob!... ¡Bob!...

Christine corría a su encuentro.

Riendo, alborozada.

—¡Oh, Bob!... ¡Es maravilloso!... ¡Como un milagro! ¡Está aquí!

Silliphant parpadeó.

—¿Quién?

Christine le tomó del brazo. Sin dejar de reír. Nerviosamente. Con lágrimas de felicidad en los ojos.

Le condujo hacia el salón.

—Mi hermana... Sally... ¡Aquí la tienes, Bob!

El detective quedó estupefacto.

Contemplando, incrédulo, a la muchacha que le sonreía dulcemente, desde el centro de la estancia.

Sí.

Era Sally Miller.

Con su cabello rubio como el fuego, con sus azules ojos...

CAPÍTULO X

BOB SILLIPHANT vació el vaso de vodka.,

—Si... ciertamente es como un milagro, pero yo no creo en ellos, Christine rio, abrazando a su hermana.

—Sally me lo ha explicado todo...

—¿De veras? —Silliphant encendió un cigarrillo—. También a mí me gustaría conocer la historia.

Sally bajó la cabeza, avergonzada.

Aquel rubor acentuó aún más la belleza de sus facciones.

Era perfecta.

Extraordinariamente bella.

Con el cuerpo de una diosa griega.

—Poco hay que contar. Después de suspender las pruebas en la «Sampson Company», no me atreví a regresar a Callsville. He trabajado en unos grandes almacenes, en un supermercado... Empleos eventuales. No más de quince o veinte días. Cada vez que llamaba a Christine, me atormentaba por mentirle, haciéndole creer que estaba en la «Sampson Company». Por no mentir más, e inconsciente del daño que causaba a mi hermana, decidí romper todo contacto... hasta que lograra un empleo bueno y seguro.

—¿Ya lo has conseguido? —inquirió el detective, lanzando una bocanada de azulado humo.

—Ahá. ¡En Inglaterra! Marcho a Londres, dentro de una semana. Con un contrato de la «Cornewell Metals». Quise ponerme en contacto con Christine, pero nadie respondía en nuestra casa de Callsville. Hoy hablé con los Holmes, y me informaron de la angustia de Christine...

—¡Oh, Sally!... No te perdonaré estos días de... ¡Llegué a creer lo peor!

Sally rio, en cantarina carcajada.

—¡Contratar a un detective!...

—Tú sí has demostrado ser un buen detective —comentó Silliphant—. ¿Cómo lograste dar con Christine?

—Los Holmes me comunicaron que se hospedaba en el Savoy Hotel. Fui allí. En recepción había una dirección. El 1231 de Badel Street. Para entregar a Bob Silliphant.

—Yo dejé esa nota ayer, Bob —comentó Christine—. Para que, en caso de que fueras al hotel, comunicarte que estaba aquí.

—El resto fue sencillo —Sally se zafó de los brazos de su hermana—. Badel Street, un tal Silliphant... ¡Y aquí encuentro a la desesperada Christine!

Christine dirigió a su hermana una severa mirada.

—No es para bromear, Sally. Desapareciste sin dejar rastro. Llegué a temer lo peor.

—Ya me ha contado Christine la fantástica historia de Will Frankel... ¿Es cierto, Bob? ¿Se dedica a la trata de blancas?

Silliphant asintió.

Sonriente.

—Seguro. Precisamente, vengo ahora de hablar con él. También Frankel se mostraría muy sorprendido de verte, Sally.

—Will Frankel... no puedo creerlo...

—¿Cuándo terminaste con él?

—Después de conocer los resultados de la «Sampson Company». A los cuatro días de mi llegada a Chicago. Desde entonces, no he vuelto a verle.

El detective tomó de nuevo la botella de vodka.

Bebió el líquido a pequeños sorbos.

—¿Qué te ocurre, Bob? —preguntó Christine, aproximándose—. No parece alegrarte la aparición de Sally. Te agradezco todo lo que has hecho por mí..., jamás lo olvidaré...

—Puede considerarlo un triunfo más, Bob. Christine le pidió que me encontrara, y aquí estoy. Misión cumplida.

—No para mí, Sally. Siempre que empiezo un trabajo lo termino... o terminan conmigo.

—¿La organización Herrman?

—Correcto. Quiero...

Silliphant se interrumpió.

Alertado por un ruido, procedente del living.

Se disponía a investigarlo, pero la súbita aparición de un individuo le cortó el paso.

Un hombre de unos cincuenta años de edad. De voluminosa figura. Rostro adiposo. Con grandes bolsas de carne bajo los ojos.

Su diestra empuñaba una «Super-Star», con tubo silenciador acoplado al cañón.

Apuntando a Silliphant.

—¡Ni un solo movimiento, Silliphant! —ordenó el individuo—. Parece que he llegado a tiempo, Sally...

Sally Miller enrojeció de ira.

—Maldito estúpido...

—¿Qué significa esto? —murmuró Christine—. ¿Quién... quién es usted?...

Bob Silliphant succionó el cigarrillo.

Con aparente indiferencia.

—Adelante, Sally. Haz los honores. Preséntanos a tu amigo Joseph Herrman.

* * *

La palidez de Christine era superior a la de la azucena. Contrastando con el congestionado rostro de su hermana Sally. Rojo de ira. Con los ojos llameantes.

Joseph Herrman, sin dejar de encañonarle, se aproximó al detective. Después de cachearle, le arrebató el revólver.

Lo arrojó hacia Sally.

—Estaba al corriente de todo, Sally. No hubieras logrado engañarle. Frankel lo ha confesado todo.

Sally atrapó el revólver.

Furiosa.

—¿Todo? ¿Y qué sabía Frankel? ¡Nada!

—Le contó nuestra versión de los hechos... Que tú estás muerta... Silliphant no creería tu historia. Por eso acudí de inmediato.

—¡Para echarlo todo a rodar! —vociferó Sally—. ¡Estúpido! Poco me importaba la opinión de Silliphant. Ya estaba sentenciado. Es mi hermana...

Sally se interrumpió.

Fijando su mirada en la pálida y aturdida Christine.

—No comprendes nada, ¿verdad, Christine?

Los ojos de Christine se nublaron.

Movió la cabeza de un lado a otro.

Incapaz de articular palabra.

—Es muy sencillo, Christine —dijo Silliphant, saboreando el vaso de vodka. Ajeno a la amenazadora arma del individuo—. Lo descubrí al ver... y oír a tu hermanita. Por supuesto, daría crédito a la confesión de Will Frankel. Bajo mis argumentos, hubiera denunciado a su mismísima madre.

—Ya no hablará más —dijo Herrman.

El detective sonrió.

—Chicago años treinta... Los viejos métodos. Tú no has sido un buen elemento, Joseph. No has asimilado a los maestros. Ni como limpiabotas le servirías a Al Capone. De ahí que me sorprendiera el nuevo ímpetu de la organización. Más allá de la prostitución dirigida. Drogas, chantaje, contrabando de armas... Demasiado para tu torpe cerebro. Había alguien más. Alguien inteligente. ¿Quién?... Ahí tenemos al cerebro. Sally Miller. Una provinciana.

—¡No es cierto! —exclamó Christine, reaccionando con vehemencia—. ¡Di que no es cierto, Sally! ¡No puede ser verdad!

Sally jugueteó con el revólver.

—Lo lamento, Christine. Me hubiera gustado que no llegaras a saberlo nunca.

—Sally, tú... tú no puedes... —gruesas lágrimas surcaron las mejillas de Christine—. Eres incapaz de...

Sally rio en estridente carcajada.

—Seguro, hermanita. Era incapaz de muchas cosas, antes de llegar a Chicago. Las desconocía. Jamás había salido del villorrio de Callsville. ¡En un rutinario letargo! Fue un duro despertar. Engañada por Frankel, no pasé las pruebas en la «Sampson Company». Y siguiendo su plan, me llevó a los estudios fotográficos. Con la falsa promesa de un empleo de secretaria. Allí estaba Joseph Herrman. Y otros hombres. Fui drogada. Forzada una y otra vez. Sodomizada. Sometido mi cuerpo a las más alucinantes aberraciones. Sufrí un fuerte «shock». Me dieron por muerta. Cuando Herrman se disponía a desembarazarse de mí, percibió que

me movía en el asiento trasero del auto. Frenó en seco, comprobando que estaba con vida. Y cambió de ruta para conducirme a su «bungalow» de verano. En el bosque de Laren Fiat. Echa un vistazo a Herrman, hermana. ¿Qué te parece? Una babosa, ¿verdad? Sentí continuas náuseas, en las dos semanas que permanecí en aquel «bungalow». El bueno de Herrman me pasó la película filmada en los estudios. Comprendí el juego. Y también comprendí que Herrman era un patán, que se conformaba con las migajas. Los grandes negocios eran para la Mafia o para otras organizaciones más audaces. Así se lo hice saber a Herrman. Incluso le sugerí algunas ideas, planes, ambiciosos proyectos...

—¿Por qué, Sally? ¿Por qué?...

—¿Por qué? —gritó Sally, dirigiendo a su hermana una mirada cargada de rencor—. ¡Te lo he dicho! ¡Mira a Herrman! ¿O prefieres contemplar la película de los estudios? Después de eso, decidí sacar provecho. Yo sería ahora quien les manejara. Con mis propias leyes. ¿No es cierto, Joseph?

—Sí, Sally.

—Es como un cordero —rio Sally—. Si se porta bien, le dejo besarme los pies.

Christine rompió en sollozos.

Irritando a su hermana.

—Llora, Christine, llora... Tú eres la culpable. Durante un tiempo, te mandé noticias, diciendo que todo iba bien. Las fui distanciando, con el propósito de cortarlas definitivamente. Por supuesto que contaba con tu denuncia en la policía, y que ésta pasaría a engrosar los archivos de las personas desaparecidas. Lo que no podía imaginar es que conseguirías los servicios de un detective de la categoría de Silliphant. Fue, en verdad, sorprendente. Al ser informada, decreté la muerte de Silliphant, pero hizo honor a su condición de número uno. Entonces decidí presentarme ante ti, con una falsa historia. Tú regresarías a Callsville. Silliphant podía dudar, pero poco importaba. Iba a ser liquidado.

—Nadie te hubiera reprochado lo ocurrido en los estudios —sollozó Christine—. En mí encontrarías...

—¿Compasión? No, hermana. Descubrí algo más. Chicago es una ciudad maravillosa. Cruel, pero llena de encanto y placeres. ¿Sabes

una cosa? Desde que salí de Callsville, he conseguido unos pequeños ahorros. Tengo en mi poder joyas por valor de medio millón de dólares. Un «bungalow» a mi nombre, en el barrio residencial de Lloyd Hill. A nombre de Sally Salkow. Mi nuevo nombre —Sally se despojó inesperadamente de su rubia cabellera—. Esto es una peluca. Mi pelo natural es ahora como el azabache. Al igual que los ojos, que disfrazo con lentillas. No resultó difícil un pasaporte y demás documentos a nombre de Sally Salkow. No documentos falsos, Christine. Todo en regla. Sally Salkow. La otra, la inocente y estúpida Sally Miller, ha muerto.

Christine asintió.

—Sí... no hay duda de ello...

—Ahora regresarás a Callsville, Christine. Olvídate de mí y de tu estancia en Chicago. Olvídate de todo.

—¿Vas a dejarla marchar? —inquirió Herrman, sorprendido—. ¡Sabe demasiado!

—Christine no dirá nada. Me quiere demasiado para ocasionarme algún daño.

—¡No es prudente!

—Eso es decisión mía, Joseph. ¡Vete, Christine!

La muchacha permaneció inmóvil.

—¿Y Bob?

—¿Bob?... ¿Qué ocurre con él? Ah, comprendo... —Sally volvió a reír—. ¡Te has enamorado de él! Si llegan a saberlo en Callsville... La puritana Christine Miller pasa la noche con un hombre. Olvídate también de él, Christine.

—¿Vas a matarle?

—Por supuesto. Desgraciadamente para él, es un detective honesto. Con un sentido de la profesión muy especial, pero insobornable. ¿No es cierto, Bob?

—Puedes intentarlo —sonrió Silliphant.

—No, Bob. No trates de engañarme. Muerto, estarás mejor.

—Te admiro, Sally. Siempre he dudado de la inteligencia de la mujer, pero tú eres algo excepcional. Aunque hay algo que no comprendo...

—Adelante, Bob. Quiero que mueras ilustrado.

—Es una simple pregunta. ¿Por qué Frankel me habló de tu muerte?

—Para él estaba muerta. Al igual que para la mayoría de los miembros de la organización Herrman. Forma parte de mi plan. Uno de los mayores errores de los Sindicatos del Crimen es tener una cabeza visible. Yo lo controlo todo desde la sombra. Desde mi «bungalow» de Lloyd Hill. Allí tengo mi mesa de operaciones, allí estudio planes, proyectos, ordeno... Herrman sigue en su puesto, pero convertido en un hombre de paja, locamente enamorado de mí. Gracioso, ¿verdad?

—Sí, muñeca.

Sally desvió la mirada hacia su hermana.

—¿Aún sigues aquí? ¡Vete!

—Si salgo de aquí, iré directamente a la policía,

—No te creo.

—Pronto lo comprobarás.

Christine se encaminó hacia la salida.

—¡Detenla, Sally! —exclamó Herrarían, nerviosamente—. ¡No puedes dejarla marchar! ¡Irás a la policía!...

—Cierra la boca, Joseph.

—¡Está bien! ¡Yo lo haré!

Herrman desvió el brazo armado.

Encañonando ahora a Christine.

Bob Silliphant quiso impedirlo, pero ya no fue necesario.

Un balazo en la espalda hizo caer de bruces a Herrman.

Sally giró rápidamente el humeante cañón del revólver, fijándolo en el detective.

—¡Quieto, Bob!... Aún no es tu turno... ¡Vete, Christine! ¿O prefieres presenciar la ejecución de tu amado?

Ninguno prestaba atención a Herrman.

Con lentos movimientos, estaba alzando su mano derecha.

La «Super-Star» tembló unos instantes.

—¡Cuidado!

La advertencia de Silliphant llegó demasiado tarde.

La bala alcanzó a Sally en el pecho. Un rojo círculo en su seno izquierdo. En el corazón.

—¡Sally!... ¡Sally!...

Christine corrió, angustiada.

Bob Silliphant, después de cerciorarse de que la inmovilidad de Herrman era ya definitiva, acudió junto a Sally.

Christine sostenía entre sus brazos la cabeza de su hermana.

Bañándola con sus lágrimas.

—Sally... mi pequeña Sally...

Sally entreabrió los ojos.

Sus labios iniciaron un leve e imperceptible movimiento.

—Christine... yo... quería vivir... vivir... Abandona Callsville...
huye de allí... yo... Dios mío...

Una bocanada de sangre ahogó las últimas palabras de Sally.

Su postrero estertor se confundió con el angustioso grito de
Christine, atenazándola contra su pecho.

En un vano intento por retenerla.

Pero ya Sally había emprendido el largo viaje al Más Allá.

EPILOGO

BOB SILLIPHANT colgó el auricular.

Con sarcástica sonrisa.

David Winfield, cumplidor de su palabra, le informaba de que había firmado un cheque de veinticinco mil dólares a su nombre.

Su... aventura no llegaría a conocimiento de la esposa ni a los altos directivos de la «Sampson Company».

Continuaba siendo un hombre honorable.

Sin duda, había hecho un arreglo con la policía. Todos los papeles hallados en el «bungalow» de Sally serían examinados concienzudamente por la policía. Mucho trabajo para aniquilar a todos los elementos de la organización. Sin duda, pasaría desapercibido y destruido cierto filme. Lógico, dada la reputación del ilustre ciudadano Winfield.

Sí.

Así se haría.

—¿Estás preparada, Christine?

La joven asintió, con un leve movimiento de cabeza.

Silliphant tomó la maleta.

Protectoramente, rodeó los hombros de Christine.

—Bob...

—¿Sí?

—No estás obligado a acompañarme. Ya has hecho demasiado por mí.

—Creo que no me comprendes... Christine —Silliphant reprimió el «muñeca»—. No es obligación. Quiero estar contigo.

Los ojos de la muchacha se nublaron.

Contuvo las lágrimas, forzando una sonrisa.

Abandonaron el apartamento.

—¿Y tu trabajo, Bob? El señor Rafill te ha visitado varias veces...

—Voy a disfrutar de unas vacaciones, Christine. Las necesito. Callsville es un lugar tranquilo. Allí podré escribir esos malditos artículos para la «Daly Press».

Llegaron al parking.

El detective depositó la maleta en el portaequipajes del «Mustang».

Se acomodaron en el asiento.

—Me sorprende que quieras encerrarte en un lugar como Callsville.

—Sólo me importa estar contigo, Christine. A tu lado.

—Bob...

Silliphant besó a la joven en los labios.

Muy suavemente.

—¿Qué ocurre, pequeña? ¿Prefieres estar sola?

—¡No!... No, Bob... no me dejes... te necesito... Estos días, los interrogatorios de la policía, el entierro de Sally... Ha sido horrible.

—Lo olvidarás, Christine. Yo te ayudaré.

—No quiero quedarme en Callsville. Voy a venderlo todo.

Silliphant sonrió

—No es mala idea.

—Un consejo de Sally —murmuró Christine, con voz apenas audible—. ¿Por qué me diría eso, Bob? ¿Por qué?...

El detective encendió un cigarrillo.

Demorando unos segundos la respuesta.

—No lo sé, Christine. Tu hermana sufrió una profunda transformación. Un brutal cambio. Puede que atormentada por la experiencia de los estudios fotográficos. Del paraíso de Callsville a la corrupción de Chicago, de la paz a la violencia... Ningún extremismo es bueno, Christine. Hay que conocer y combatir las dos corrientes. Desconociendo la maldad, se cae más fácilmente en ella. No sé cómo explicarme...

—Te comprendo, Bob.

—¿De veras? Entonces, no me hagas maldito caso. Soy el menos indicado para dar consejos.

—Bob...

—¿Sí?

—Te quiero.

Silliphant quedó en silencio.

Por primera vez, el duro e implacable Bob Silliphant sintió un nudo en la garganta.

Se reflejó en los ojos de Christine.

Volvió a besarla en los labios.

—Soy un hombre afortunado, Christine. Al igual que la ciudad de Chicago. Contigo, será distinta. Todo será distinto...

FIN

¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!

BISONTE
Serie Roja

ASEGURE
SU
EJEMPLAR

BISONTE
Serie Azul

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.